

Teoría tradicional y teoría crítica

(1937)

La pregunta acerca de qué es teoría de acuerdo con el estado actual de la ciencia, no parece ofrecer grandes dificultades. En la investigación corriente, teoría equivale a un conjunto de proposiciones acerca de un campo de objetos, y esas proposiciones están de tal modo relacionadas unas con otras, que de algunas de ellas pueden deducirse las restantes. Cuanto menor es el número de los principios primeros en comparación con las consecuencias, tanto más perfecta es la teoría. Su validez real consiste en que las proposiciones deducidas concuerden con eventos concretos. Si aparecen contradicciones entre experiencia y teoría, deberá revisarse una u otra. O se ha observado mal, o en los principios teóricos hay algo que no marcha. De ahí que, en relación con los hechos, la teoría sea siempre una hipótesis. Hay que estar dispuesto a modificarla si al verificar el material surgen dificultades. Teoría es la acumulación del saber en forma tal que este se vuelva utilizable para caracterizar los hechos de la manera más acabada posible. Poincaré compara la ciencia con una biblioteca que debe crecer constantemente. La física experimental cumple la función del bibliotecario, que se ocupa de las compras, es decir, enriquece el saber aportando material. La física matemática, la teoría de la ciencia natural en sentido estricto, tiene la misión de confeccionar el catálogo. Sin el catálogo, nadie podría sacar provecho de la biblioteca, por más rico que fuera el contenido de esta. «Ese es, pues, el papel de la física matemática: debe efectuar generalizaciones de tal manera que (...) sus resultados útiles sean mayores».¹

Como meta final de la teoría aparece el sistema universal de la ciencia. Este ya no se limita a un campo particular, sino que abarca todos los objetos posibles. La separación de las ciencias queda suprimida en cuanto las proposiciones atinentes a los distintos dominios son retrotraídas a idénticas premisas. El

1 H. Poincaré, *Wissenschaft und Hypothese* E. y L. Lindemann, eds., Leipzig, 1914, pág. 146. (*La ciencia y la hipótesis*, Madrid, Espasa-Calpe.)

mismo aparato conceptual creado para la determinación de la naturaleza inerte sirve para clasificar la naturaleza viva, y una vez que se ha aprendido el manejo de ese aparato, es decir las reglas de deducción, el sistema de signos, el procedimiento de comparación de las proposiciones deducidas con los hechos comprobados, es posible servirse de él en cualquier momento. Todavía estamos lejos de esa situación.

Esta, a grandes rasgos, es la idea que hoy se tiene de la esencia de la teoría. Suele referírsela a los comienzos de la filosofía moderna. Como tercera máxima de su método científico, Descartes enuncia la decisión de «conducir ordenadamente mis pensamientos, es decir, comenzar por los objetos más simples y más fáciles de conocer, y poco a poco, gradualmente, por así decir, ascender hasta el conocimiento de los más complejos, con lo cual yo supongo un orden también en aquellos que no se suceden unos a otros de un modo natural». La deducción, tal como se la usa en las matemáticas, sería aplicable a la totalidad de las ciencias. El orden del mundo se abre a una conexión deductiva de pensamientos. «Esas largas cadenas de fundamentos racionales simplísimos y fácilmente intuibles, de las que suelen valerse los geómetras para lograr las demostraciones más difíciles, me indujeron a pensar que todas las cosas que pueden ser objeto del conocimiento humano se hallan, unas respecto de otras, en la misma relación, y que, si se tiene el cuidado de no considerar verdadero lo que no lo es, y se guarda siempre el orden necesario para deducir una cosa de la otra, no puede haber conocimientos tan lejanos que sean inalcanzables ni tan ocultos que no se los pueda descubrir».² Por lo demás, la posición filosófica del lógico hará que las proposiciones más generales de donde parte la deducción sean consideradas como juicios empíricos, como inducciones (tal el caso de John Stuart Mill) o como intelecciones evidentes (en las corrientes racionalistas y fenomenológicas), o bien como principios establecidos en forma totalmente arbitraria (por parte de la axiomática moderna).

En la lógica más avanzada de nuestros días, como la que ha encontrado expresión representativa en las *Investigaciones lógicas* de Husserl, se entiende por teoría el «sistema cerrado de proposiciones de una ciencia».³ Teoría, en su exacto sentido, es «un encadenamiento sistemático de proposiciones bajo la forma

2 R. Descartes, *Discours de la méthode*, II, Leipzig, 1911, pág. 15. (*Discurso del método*, Buenos Aires, Losada.)

3 E. Husserl, *Formale und transzendente Logik*, Halle, 1929, pág. 89. (*Lógica formal y lógica trascendental*, México, UNAM.)

de una deducción sistemáticamente unitaria».⁴ Ciencia es «cierto universo de proposiciones (...) que surge de modo constante de la actividad teórica, y en cuyo orden sistemático un cierto universo de objetos alcanza su determinación».⁵ El que todas las partes, sin excepción y sin contradicciones, estén encadenadas las unas con las otras, es la exigencia básica que debe cumplir cualquier sistema teórico. La armonía de las partes, que excluye toda contradicción, así como la ausencia de componentes superfluos, puramente dogmáticos, que nada tienen que ver con los fenómenos observables, son señaladas por Weyl como condiciones imprescindibles.⁶

Si este concepto tradicional de teoría exhibe una tendencia, ella es que apunta a un sistema de signos puramente matemático. Como elementos de la teoría, como partes de las conclusiones y de las proposiciones, fungen cada vez menos nombres en el lugar de los objetos experimentables; aparecen en cambio símbolos matemáticos. Hasta las operaciones lógicas están ya tan racionalizadas, que, por lo menos en una gran parte de la ciencia natural, la formación de teorías se ha convertido en una construcción matemática.

Las ciencias del hombre y de la sociedad se esfuerzan por imitar el exitoso modelo de las ciencias naturales. La diferencia entre escuelas que en materia de ciencias sociales se orientan más hacia la investigación de hechos, o bien se concentran más en los principios, nada tiene que ver con el concepto de teoría como tal. En todas las especialidades que se ocupan de la vida social, la prolija tarea de recolección, la reunión de enormes cantidades de detalles sobre determinados problemas, las investigaciones empíricas realizadas mediante cuidadosas encuestas u otros medios auxiliares, como las que, desde Spencer, llenan gran parte de las actividades universitarias, en especial en los países anglosajones, ofrecen, por cierto, una imagen que exteriormente parece más próxima a los otros aspectos de la vida, propios del modo de producción industrial, que la formulación de principios abstractos o que el examen de conceptos básicos en la mesa de trabajo, como fueron característicos de una parte de la sociología alemana. Pero esto no significa una diferencia estructural en cuanto al pensamiento. En los últimos períodos de la sociedad actual, las denominadas ciencias del

4 *Ibid.*, pág. 79.

5 *Ibid.*, pág. 91.

6 H. Weyl, «Philosophie der Naturwissenschaft», trad. en *Handbuch der Philosophie* (Manual de filosofía), Munich y Berlín. 1927, parte II, pág. 118 y sigs.

espíritu tienen, por lo demás, un fluctuante valor de mercado; deben limitarse a competir modestamente con las ciencias naturales, más afortunadas, cuya posibilidad de aplicación está fuera de duda. De cualquier modo, el concepto de teoría que prevalece en las distintas escuelas sociológicas, así como en las ciencias naturales, es el mismo. Los empíricos no tienen una idea diferente que los teóricos acerca de qué es una teoría bien formada. Aquellos han llegado, simplemente, a la convicción reflexiva de que, frente a la complejidad de los problemas sociales y al estado actual de la ciencia, el ocuparse de principios generales debe ser considerado como una tarea cómoda y ociosa. Y cuando sea necesario el trabajo teórico, este ha de realizarse en contacto constante con el material; por el momento no hay que pensar en exposiciones teóricas generales. Los métodos de formulación exacta, en particular los procedimientos matemáticos, cuyo sentido se relaciona estrechamente con el concepto de teoría esbozado, son muy apreciados por estos especialistas. Ellos no cuestionan tanto la teoría en sí, cuanto la elaborada por otros, «desde arriba» y sin auténtico contacto con los problemas de una disciplina empírica. Las diferenciaciones entre sociedad y comunidad (Tönnies), entre solidaridad mecánica y orgánica (Durkheim) o entre cultura y civilización (A. Weber), como formas básicas de la socialización humana, mostrarían su carácter problemático apenas se intentara aplicarlas a problemas concretos. El camino que debería tomar la sociología en el estado actual de la investigación sería el difícil ascenso desde la descripción de fenómenos sociales hasta la comparación particularizada, y solo desde allí hasta la formación de conceptos generales.

La antítesis aquí esbozada conduce finalmente a que los empiristas, de acuerdo con su tradición, solo acepten las inducciones completas como proposiciones teóricas no derivadas, y crean que aún estamos muy lejos de alcanzarlas. Sus adversarios consideran válidos para la formación de las categorías y principios primeros también otros procedimientos, que no dependen tanto del proceso de recolección de material. Durkheim, por ejemplo, aunque en muchos aspectos coincide con las opiniones básicas de los empiristas, en lo que respecta a los principios considera que el proceso de inducción puede ser abreviado. A su juicio, la clasificación de fenómenos sociales sobre la base de un registro de hechos puramente empírico es imposible; además, no facilitaría la investigación en la medida en que se espera que lo haga. «Su función es proporcionarnos puntos de apoyo, que podemos relacionar con otras observa-

ciones, diferentes de aquellas mediante las cuales hemos logrado esos puntos de apoyo. Para ese fin, la clasificación no necesita estar basada en un inventario completo de todos los rasgos individuales, sino en un número reducido de ellos, cuidadosamente escogido (. . .) Puede ahorrarle muchos pasos al observador, pues ella lo conducirá (. . .) Debemos, pues, seleccionar rasgos especialmente importantes para nuestra clasificación». ⁷ Pero el hecho de que los principios primeros sean alcanzados por selección, por intuición de esencias o por mera convención no importa diferencia alguna en cuanto a su función en el sistema teórico ideal. Lo cierto es que el investigador utiliza sus proposiciones, más o menos generales, como hipótesis para los nuevos hechos que se presentan. El sociólogo de orientación fenomenológica asegurará, por cierto, que tras la comprobación de una ley de esencia será absolutamente cierto que cada caso particular (*Exemplar*) se comportará de acuerdo con ella. Pero el carácter hipotético de la ley de esencia se hará notorio en el problema de saber si, en un caso aislado, estamos frente a un ejemplar de la esencia correspondiente o de otra, relacionada con ella, o bien si se trata de un mal ejemplar de un género o de un buen ejemplar del otro. Siempre se encuentran, por un lado, el saber formulado conceptualmente, y, por el otro, una situación objetiva que debe ser incluida en aquel, y este acto de subsumir, de establecer la relación entre la simple percepción o comprobación del hecho y la estructura conceptual de nuestro saber, es su explicación teórica.

Sobre las diferentes formas de subsunción no hemos de extendernos aquí demasiado. Sí nos referimos brevemente a cómo se comporta este concepto tradicional de teoría respecto de la explicación de acontecimientos históricos. Este problema aparece claramente en la polémica entre Eduard Meyer y Max Weber. Meyer consideraba inútil, e imposible de responder, la pregunta de si, en caso de no haber existido una cierta decisión voluntaria por parte de determinados personajes históricos, las guerras desencadenadas por ellos habrían ocurrido igualmente tarde o temprano. En oposición a ello, Weber señalaba que, así planteada, la explicación histórica es imposible. Sobre la base de las teorías del fisiólogo von Kries, y de juristas y economistas como Merkel, Liefmann y Radbruch, desarrolló Weber la «teoría de posibilidad objetiva». La explicación del historiador

7 E. Durkheim, *Les règles de la méthode sociologique*, París, 1927, pág. 99 (traducción propia). (*Las reglas del método sociológico*, Buenos Aires, Schapire.)

—como la del penalista— no consistiría en una enumeración lo más completa posible de todas las circunstancias en juego, sino, antes bien, en destacar la relación entre determinadas partes de los acontecimientos, significativas para el decurso histórico, y procesos aislados y determinantes. Esta relación, el juicio, por ejemplo, de que una guerra es desencadenada por la política de un hombre de Estado consciente de sus fines, supone lógicamente que, en caso de no haberse llevado a cabo esa política, no hubiera aparecido el efecto que por ella se explica, sino otro. Postular una determinada causación histórica implica siempre que, faltando ella y como consecuencia de las reglas empíricas conocidas, en las circunstancias dadas se hubiera producido otro efecto. Las reglas empíricas no son otra cosa que las formulaciones de nuestro saber acerca de las relaciones económicas, sociales y psicológicas. Con la ayuda de ellas construimos el proceso probable, eliminando o introduciendo el acontecimiento que ha de servir para la explicación.⁸ Se opera con proposiciones condicionales, aplicadas a una situación dada. Si se dan las circunstancias $a\ b\ c\ d$, debe esperarse un resultado q ; si desaparece d , resultará el acontecimiento r ; si se agrega g , el acontecimiento será s , y así sucesivamente. Un cálculo de esta índole es propio de la estructura lógica del saber histórico así como de la ciencia natural. Es la forma en que opera la teoría en el sentido tradicional.

Así, pues, lo que el científico, en los más diversos campos, considera la esencia de la teoría, es propio en realidad de su tarea inmediata. El tratamiento de la naturaleza física, del mismo modo como el de mecanismos sociales y económicos determinados, exigen una conformación del material científico del tipo de la proporcionada por una estructura jerárquica de hipótesis. Los progresos técnicos de la época burguesa son inseparables de esta función del cultivo de la ciencia. Por una parte, mediante ella los hechos se vuelven fructíferos para el saber aplicable en la situación dada; por la otra, el saber de que se dispone es aplicado a los hechos. No cabe duda de que ese trabajo representa un momento de la subversión constante y del desarrollo de los fundamentos materiales de la sociedad. Pero en la medida en que el concepto de teoría es independizado, como si se lo pudiera fundamentar a partir de la esencia íntima del conocimiento, por ejemplo, o de alguna otra mane-

8 M. Weber, *Kritische Studien auf dem Gebiet der kulturwissenschaftlichen Logik* (Estudios críticos en el campo de la lógica de la ciencia cultural), en *Gesammelte Aufsätze* (Compilación de ensayos), Tubinga, 1922, pág. 266 y sigs.

ra ahistórica, se transforma en una categoría cosificada, ideológica.

Tanto la fructuosidad, para la transformación del conocimiento presente, de las conexiones empíricas que se van descubriendo, como su aplicación a los hechos, son determinaciones que no se reducen a elementos puramente lógicos o metodológicos, sino que, en cada caso, solo pueden ser comprendidas en su ligazón con procesos sociales reales. El hecho de que un descubrimiento motive la restructuración de las tesis vigentes hasta ese momento no se puede fundamentar exclusivamente por medio de consideraciones lógicas, es decir mediante la contradicción con determinadas partes de las ideas dominantes. Siempre es posible imaginar hipótesis auxiliares, que permitirían evitar una modificación de la teoría en su totalidad. El que de todos modos se impongan nuevas tesis es fruto de relaciones históricas concretas, aunque, en rigor, para el científico sólo son determinantes los motivos immanentes. No niegan esto los epistemólogos modernos, si bien ellos, ante los factores extracientíficos decisivos, apelan más al genio o a la casualidad que a las condiciones sociales. Si en el siglo XVII se comenzaron a solucionar las dificultades en que había caído el conocimiento astronómico, ya no mediante construcciones *ad hoc*, sino abrazando el sistema copernicano, ello no se debió solamente a las cualidades lógicas de dicho sistema, como por ejemplo su mayor simplicidad. Antes bien, la preferencia por esas cualidades nos remite a los fundamentos de la praxis social de aquella época. El camino por el cual el sistema copernicano, apenas mencionado en el siglo XVI, llegó a ser una fuerza revolucionaria, forma parte del proceso histórico a cuyo través el pensamiento mecanicista adquiere una posición dominante.⁹ Que la transformación de las estructuras científicas dependa de la situación social respectiva, es algo que se puede afirmar, no solo respecto de teorías tan generales como el sistema copernicano, sino también respecto de los problemas especiales de la investigación corriente. Que el hallar nuevas variedades en dominios aislados de la naturaleza orgánica o inorgánica, ya sea en un laboratorio químico o en investigaciones paleontológicas, constituya un motivo para la modificación de viejas clasificaciones o para el surgimiento de otras nuevas,

9 Una exposición de este proceso se encuentra en *Zeitschrift für Sozialforschung* (Revista de ciencias sociales), vol. IV, 1935, pág. 161 y sigs. y en el ensayo de H. Grossmann, «Die gesellschaftlichen Grundlagen der mechanistischen Philosophie und die Manufaktur» (Los fundamentos sociales de la filosofía mecanicista y la manufactura).

ello de ningún modo se puede deducir solamente de la situación lógica. Aquí los epistemólogos suelen apelar a un concepto sólo en apariencia inmanente a su ciencia: el concepto de «pertinencia» (*Zweckmässigkeit*). Si las nuevas definiciones se introducen en el sentido de la pertinencia, y en qué medida ello ocurre, no depende, en verdad, sólo de la simplicidad o de la coherencia lógica del sistema, sino, entre otras cosas, de la orientación y metas de la investigación, que no se pueden explicar ni entender a partir de la investigación misma.

Y, así como la influencia del material sobre la teoría, tampoco la aplicación de la teoría al material es sólo un proceso intracientífico; es, al mismo tiempo, social. La relación entre las hipótesis y los hechos, finalmente, no se cumple en la cabeza del científico, sino en la industria. Reglas tales como las de que el alquitrán de hulla, sometido a determinadas influencias, adquiere tonalidades cromáticas, o que la nitroglicerina, la pólvora y otras sustancias tienen un alto poder explosivo, son saber acumulado que es puesto realmente en práctica en los establecimientos fabriles de las grandes industrias.

Entre las distintas escuelas filosóficas, los positivistas y los pragmatistas parecen interesarse especialmente por la imbricación del trabajo teórico en el proceso de vida de la sociedad. Señalan como misión de la ciencia el predecir hechos y obtener resultados útiles. Sin embargo, en la práctica es asunto privado del científico concebir de este modo tal misión y el valor social de su labor. Puede creer en una ciencia independiente, «suprasocial», desligada, o bien en la significación social de su especialidad: esta diferencia de interpretación para nada influye en su quehacer práctico. El científico y su ciencia están sujetos al aparato social; sus logros son un momento de la autoconservación, de la constante reproducción de lo establecido, sea lo que fuere lo que cada uno entienda por ello. Ambos deben, sí, corresponder a su «concepto», es decir construir una teoría en el sentido en que la hemos caracterizado. Dentro de la división social del trabajo, el científico debe clasificar hechos en categorías conceptuales y disponerlos de tal manera, que él mismo y todos quienes tengan que servirse de ellos puedan dominar un campo táctico lo más amplio posible. Dentro de la ciencia, el experimento tiene el sentido de comprobar los hechos de una manera especialmente adecuada a la situación correspondiente de la teoría. El material fáctico, la materia, es proporcionado desde fuera. La ciencia se encarga de su formulación clara e inteligible, a fin de que los conocimientos puedan ser manejados como se desee. Para el científico, la recep-

ción, transformación y racionalización del saber fáctico es su modo peculiar de espontaneidad, constituye su actividad teórica, lo mismo si se trata de una exposición lo más detallada posible del material, como en la historia y en las ramas descriptivas de otras ciencias particulares, o si se trata de la recolección de datos globales y de la extracción de reglas generales, como en la física. El dualismo entre pensar y ser, entre entendimiento y percepción, es para él natural.

La idea tradicional de teoría es abstraída del cultivo de la ciencia tal como se cumple dentro de la división del trabajo en una etapa dada. Corresponde a la actividad del científico tal como se lleva a cabo en la sociedad junto con todas las otras actividades, sin que se perciba directamente la relación entre las actividades aisladas. De ahí que en esa idea no aparezca la función social real de la ciencia, ni lo que significa la teoría en la existencia humana, sino solo lo que ella es en esa esfera, separada, dentro de la cual se la produce en ciertas condiciones históricas. Pero, en realidad, la vida de la sociedad resulta del trabajo conjunto de las distintas ramas de la producción, y si la división del trabajo en el modo de producción capitalista funciona mal, sus ramas, incluida la ciencia, no deben ser vistas como autónomas o independientes. Son aspectos particulares del modo como la sociedad se enfrenta con la naturaleza y se mantiene en su forma dada. Son momentos del proceso social de producción, aun cuando ellas mismas sean poco o nada productivas en el verdadero sentido. Ni la estructura de la producción, dividida en industrial y agraria, ni la separación entre las llamadas funciones directivas y las ejecutivas, entre los servicios y los trabajos, las ocupaciones manuales y las intelectuales, son situaciones eternas o naturales; ellas proceden, por el contrario, del modo de producción en determinadas formas de sociedad. La ilusión de independencia que ofrecen procesos de trabajo cuyo cumplimiento, según se pretende, derivaría de la íntima esencia de su objeto, corresponde a la libertad aparente de los sujetos económicos dentro de la sociedad burguesa. Estos creen actuar de acuerdo con decisiones individuales, cuando hasta en sus más complicadas especulaciones son exponentes del inaprehensible mecanismo social.

La conciencia falsa que de sí mismo tiene el científico burgués en la era del liberalismo se muestra en los más diversos sistemas filosóficos. De un modo especialmente significativo se expresa, hacia principios de siglo, en el neokantismo del grupo de Marburgo. Rasgos aislados de la actividad teórica del científico son transformados en categorías universales, en momen-

tos del espíritu universal, en cierto modo, del «logos» eterno, o, más aún, rasgos decisivos de la vida social son reducidos a la actividad teórica del científico. El poder del conocimiento es llamado «poder originario». Por «producir» se entiende «la soberanía creadora del pensamiento». En tanto algo aparece como dado, tiene que ser posible constituir sus determinaciones a partir de los sistemas teóricos, y, en última instancia, de la matemática: todas las dimensiones finitas se pueden deducir, mediante el cálculo infinitesimal, del concepto de lo infinitamente pequeño, y precisamente esto sería su «producción». El ideal es alcanzar un sistema unitario de la ciencia, todopoderosa en este sentido. Y puesto que en el objeto todo se resuelve en determinación conceptual, como resultado de este trabajo no se puede ofrecer nada consistente, nada material; la función determinante, ordenadora, fundadora de unidad es lo único sobre lo cual todo reposa, a lo cual tiende todo esfuerzo humano. La producción es producción de la unidad, y la producción misma es el producto.¹⁰ El progreso en la conciencia de la libertad consiste propiamente, según esta lógica, en que, del mísero escorzo de mundo que se ofrece a la contemplación del científico, una parte cada vez mayor sea expresable en la forma del cociente diferencial. Mientras que, en realidad, la profesión del científico es un momento no independiente dentro del trabajo, de la actividad histórica del hombre, aquí es puesta en el lugar de ellos. En la medida en que la razón, en una sociedad futura, debe efectivamente determinar los acontecimientos, esta hipóstasis del logos en cuanto efectiva realidad es también una utopía encubierta. El autoconocimiento del hombre en el presente no consiste, sin embargo, en la ciencia matemática de la naturaleza, que aparece como logos eterno, sino en la teoría crítica de la sociedad establecida, presidida por el interés de instaurar un estado de cosas racional. El modo de consideración que aísla actividades y ramas de actividades, junto con sus contenidos y objetos, requiere, para ser verdadero, la conciencia concreta de su propia limitación. Es preciso traspasar a una concepción en que la unilateralidad, que inevitablemente sobreviene cuando procesos intelectuales parciales son aislados del conjunto de la praxis social, sea a su vez suprimida y superada. En la idea de teoría, tal como ella se presenta ineludiblemente al científico como resultado de su propio trabajo, la relación entre los hechos y el ordenamiento

10 Cf. H. Cohen, *Logik der reinen Erkenntnis* (Lógica del conocimiento puro), Berlín, 1914, pág. 23 y sigs.

conceptual ofrece un importante punto de partida para tal superación. También la teoría del conocimiento dominante ha reconocido la problemática de esa relación. Siempre se vuelve a insistir en el hecho de que los mismos objetos, que, en una ciencia, constituyen problemas difícilmente resolubles dentro de un tiempo previsible, en otra disciplina, en cambio, son aceptados como simples hechos. Nexos que en física se plantean como problema de la investigación, en biología se presuponen como algo evidente. En biología ocurre lo propio con los procesos fisiológicos en relación con los psicológicos. Las ciencias sociales aceptan la naturaleza humana y extrahumana en su conjunto como algo dado y se interesan por la edificación de las relaciones entre hombre y naturaleza y entre los hombres unos con otros. Pero la profundización del desarrollo del concepto de teoría no ha de realizarse sobre la base de esta referencia a la relatividad de la relación entre el pensamiento teórico y los hechos, inmanente a la ciencia burguesa, sino mediante una consideración que atañe, no solo al científico, sino al individuo cognoscente en general.

El mundo perceptible en su conjunto, tal como está presente para un miembro de la sociedad burguesa, y tal como es interpretado dentro de la concepción tradicional del mundo que se halla en acción recíproca con él, representa para su sujeto una suma de facticidades: el mundo existe y debe ser aceptado. El pensamiento ordenador de cada individuo pertenece al conjunto de relaciones sociales, que tienden a adaptarse de una manera que responda lo mejor posible a las necesidades. Pero aquí hay una diferencia esencial entre el individuo y la sociedad. El mismo mundo que, para el individuo, es algo en sí presente, que él debe aceptar y considerar, es también, en la forma en que existe y persiste, producto de la praxis social general. Lo que percibimos en torno de nosotros, las ciudades y aldeas, los campos y bosques, lleva en sí el sello de la transformación. No solo en su vestimenta y modo de presentarse, en su configuración y en su modo de sentir son los hombres un resultado de la historia, sino que también el modo como ven y oyen es inseparable del proceso de vida social que se ha desarrollado a lo largo de milenios. Los hechos que nos entregan nuestros sentidos están preformados socialmente de dos modos: por el carácter histórico del objeto percibido y por el carácter histórico del órgano percipiente. Ambos no están constituidos solo naturalmente, sino que lo están también por la actividad humana; no obstante, en la percepción el individuo se experimenta a sí mismo como receptor y pasivo. La oposi-

ción entre pasividad y actividad, que en la teoría del conocimiento se presenta como dualismo entre sensibilidad y entendimiento, no representa para la sociedad lo mismo que para el individuo. Donde este se siente pasivo y dependiente, aquella, por más que se componga precisamente de individuos, es un sujeto activo, si bien inconsciente y por lo tanto impropriamente tal. Esta diferencia entre la existencia del hombre y la de la sociedad expresa la escisión propia, hasta ahora, de las formas históricas de la vida social. La existencia de la sociedad ha reposado en una represión directa, o bien es la ciega resultante de fuerzas antagónicas, pero en ningún caso ha sido el fruto de la espontaneidad consciente de los individuos libres. De ahí que el significado de los conceptos de actividad y pasividad cambie según se aplique al individuo o a la sociedad. En el tipo de economía burguesa, la actividad de la sociedad es ciega y concreta, la del individuo abstracta y consciente. La producción humana contiene siempre también algo de sistemático. En la medida en que el hecho, que, para el individuo, se agrega exteriormente a la teoría, es producido socialmente, en ese hecho debe estar presente la razón, aunque sea en un sentido restringido. La praxis social incluye siempre, en efecto, el saber disponible y aplicado; el hecho percibido está, por ende, ya antes de su elaboración teórica consciente, llevada a cabo por el individuo cognoscente, condicionado por ideas y conceptos humanos. A este respecto no debe pensarse solamente en el experimento, característico de las ciencias naturales. La denominada «pureza» del proceso fáctico que debe ser alcanzada por medio del procedimiento experimental, se asocia por cierto a condicionamientos técnicos cuya relación con el proceso de producción material es evidente. Pero aquí, a la cuestión acerca del grado en que lo fáctico está mediado por la praxis social como totalidad, se sumará muy posiblemente otra, relativa a cómo es influido el objeto estudiado por el instrumento de medición, es decir por aquel procedimiento especial. Este último problema, que la física trata constantemente de resolver, se relaciona con el que aquí planteamos no menos estrechamente que el problema de la percepción en general, incluida la percepción cotidiana. El aparato sensorial fisiológico del hombre trabaja desde hace ya tiempo, en gran parte, en la misma dirección que los experimentos físicos. El modo como, al observar receptivamente, se separan y se reúnen fragmentos, como unas cosas son pasadas por alto y otras son puestas de relieve, es resultado del modo de producción moderno en la misma medida en que la percepción de un hombre

perteneciente a cualquier tribu primitiva de cazadores y pescadores es resultado de sus condiciones de existencia y, por supuesto, también del objeto. En relación con esto, la afirmación de que las herramientas serían prolongaciones de los órganos humanos podría invertirse diciendo que los órganos son también prolongaciones de los instrumentos. En etapas más altas de la civilización, la praxis humana consciente determina inconscientemente, no solo la parte subjetiva de la percepción, sino también y en mayor medida, el objeto. Lo que un miembro de la sociedad industrial ve diariamente a su alrededor: casas de departamentos, fábricas, algodón, reses, seres humanos, y no solo los cuerpos, sino también el movimiento en el que son percibidos desde trenes subterráneos, ascensores, automóviles o aviones, este mundo sensible lleva en sí mismo los rasgos del trabajo consciente, y la separación entre lo que pertenece a la naturaleza inconsciente y lo que es propio de la praxis social no puede ser llevada a cabo realmente. Aun allí donde se trate de la percepción de objetos naturales como tales, la naturalidad de estos está determinada por el contraste con el mundo social y, en esa medida, es dependiente de él. No obstante, el individuo percibe la realidad sensible como simple secuencia de hechos dentro de los ordenamientos conceptuales. Por cierto que también estos se han desarrollado en conexión recíproca con el proceso de vida de la sociedad. Por eso, si la subsunción en el sistema del entendimiento y el juicio acerca de los objetos se producen, por lo general, como algo obvio y con notable coincidencia entre los miembros de la sociedad dada, esta armonía, tanto entre percepción y pensamiento tradicional, como entre las mónadas, es decir los sujetos individuales cognoscentes, no es un azar metafísico. El poder del sentido común, del *common sense*, para el cual no existen secretos, así como la vigencia general de opiniones en dominios que no se relacionan directamente con las luchas sociales, como por ejemplo las ciencias naturales, están condicionados por el hecho de que el mundo objetivo, acerca del cual se han de emitir juicios, procede en gran medida de una actividad determinada por los mismos pensamientos mediante los cuales ese mundo es reconocido y comprendido en el individuo. En la filosofía de Kant este hecho es expresado en forma idealista. Su doctrina, según la cual la sensibilidad es meramente pasiva mientras que el entendimiento es activo, plantea a Kant la siguiente cuestión: ¿cómo puede estar seguro el entendimiento de poder aprehender bajo sus reglas, en cualquier futuro posible, eso diverso que le es dado en la sensibilidad? La

tesis de una armonía preestablecida, de un «sistema de preformación de la razón pura», tesis según la cual serían innatas al pensamiento las mismas reglas por las que se regirían los objetos, es expresamente impugnada por él.¹¹ He aquí la respuesta de Kant: los fenómenos sensibles están ya formados por el sujeto trascendental —esto es, a través de una actividad racional— cuando son captados por la percepción y juzgados con conciencia.¹² En los capítulos más importantes de la *Crítica de la razón pura*, Kant trató de fundamentar con mayor precisión esa «afinidad trascendental», esa determinación subjetiva del material sensible, de la cual el individuo nada sabe. La dificultad y oscuridad que suponen, según el mismo Kant, los pasajes principales (relativos al problema que hemos señalado) de la deducción y del esquematismo de los conceptos puros del entendimiento se deben quizás, al hecho de que él concibe esa actividad supraindividual, inconsciente, para el sujeto empírico, solo en la forma idealista de una conciencia en sí, de una instancia puramente espiritual. De acuerdo con la visión teórica alcanzable en su época, Kant no concibe la realidad como producto del trabajo, en una sociedad en la cual este es caótico en el todo, pero orientado hacia una meta en cada una de sus partes. Donde Hegel ya discierne la astucia de una razón objetiva, al menos en el plano de la historia universal, Kant ve «un arte oculto en las profundidades del alma humana, el secreto de cuyos mecanismos difícilmente podremos arrancar a la naturaleza, poniéndolo en descubierto ante nuestros ojos».¹³ En todo caso, comprendió que detrás de la discrepancia entre hechos y teoría, que el científico experimenta en su actividad de especialista, yace una profunda unidad: la subjetividad general de la cual depende el conocer individual. La actividad social aparece como fuerza trascendental, esto es, como suma de factores espirituales. La afirmación de Kant de que la acción de esa fuerza estaría rodeada de oscuridad, es decir, que, pese a toda su racionalidad, sería irracional, no ca-

11 Cf. I. Kant, *Kritik der reinen Vernunft, Transzendente Deduktion der reinen Verstandesbegriffe*, (Crítica de la razón pura, Deducción trascendental de los conceptos puros del entendimiento), § 27, B 167.

12 *Ibid.*, Der Deduktion der reinen Verstandesbegriffe zweiter Abschnitt, 4. Vorläufige Erklärung der Möglichkeit der Kategorien als Erkenntnisse *a priori*, secc. A, pág. 110 (Segunda parte de la Deducción de los conceptos puros del entendimiento, cuarta explicación provisoria de la posibilidad de las categorías como conocimientos *a priori*).

13 *Ibid.*, Von dem Schematismus der reinen Verstandesbegriffe, secc. B, pág. 181 (Sobre el esquematismo de los conceptos puros del entendimiento).

rece de un fondo de verdad. La economía burguesa, por sagaces que sean los individuos que entran en competencia, no está sometida a un plan, ni orientada conscientemente hacia una meta general; la vida del todo se desenvuelve a partir de ella a costa de enormes fricciones, agostada y, en cierto modo, como por azar. Las dificultades internas que aquejan a los conceptos supremos de la filosofía kantiana, sobre todo al yo de la subjetividad trascendental, a la apercepción pura u originaria, a la conciencia en sí, testifican la profundidad y rectitud de su pensamiento. El doble carácter de estos conceptos kantianos, que por una parte señalan la unidad y racionalidad máximas, y por la otra algo oscuro, inconsciente, impenetrable, refleja exactamente la forma contradictoria de la actividad humana en la época moderna. La acción conjunta de los hombres en la sociedad es la forma de existencia de su razón; en ella emplean sus fuerzas y afirman su esencia. Pero, al mismo tiempo, este proceso y sus resultados son para ellos algo extraños; se les aparecen, con todo su inútil sacrificio de fuerza de trabajo y de vidas humanas, con sus estados de guerra y su absurda miseria, como una fuerza natural inmutable, como un destino suprahumano. Dentro de la filosofía teórica de Kant, en su análisis del conocimiento, esta contradicción ha sido conservada. La problemática no resuelta de la relación entre actividad y pasividad, entre *a priori* y dato sensible, entre filosofía y psicología, no es, entonces, una insuficiencia subjetiva, sino que es realmente necesaria. Hegel puso en descubierto y desarrolló estas contradicciones, pero finalmente las reconoció en el elemento de una esfera espiritual más alta. La nebulosidad de ese sujeto universal, al que Kant afirma pero al que no puede caracterizar satisfactoriamente, es disipada por Hegel en cuanto pone el espíritu absoluto como lo eminentemente real (*das Allerrealste*). Lo universal, según él, ya se ha desplegado adecuadamente y es idéntico a lo que se concreta. La razón ya no necesita ser simplemente crítica respecto de sí misma; en Hegel ella se ha vuelto afirmativa; aun antes de que la realidad deba ser afirmada como racional. Ante las contradicciones de la existencia humana, que siguen teniendo existencia real, ante la impotencia de los individuos frente a las condiciones creadas por ellos mismos, esta solución aparece, de parte del filósofo, como afirmación privada, como personal declaración de paz con el mundo inhumano.

La inclusión de los hechos en sistemas conceptuales ya existentes y su revisión mediante la simplificación o la eliminación de contradicciones, es, como ya hemos expuesto, una parte de

la praxis social general. En cuanto la sociedad se escinde en grupos y clases, se comprende que esas construcciones teóricas mantengan, según su pertenencia a una de esas clases o grupos, también una relación diferente con esa praxis general. En la medida en que la clase burguesa nació y creció en el seno de una sociedad feudal, la teoría puramente científica que aquella trajo consigo mostró, respecto de esa época, una tendencia muy disolvente y agresiva hacia la vieja forma de la praxis. En el liberalismo, caracterizó ella al tipo humano predominante. Hoy el desarrollo está determinado mucho más por los antagonismos nacionales e internacionales de camarillas de dirigentes, situadas en los puestos de comando de la economía y el Estado, que por las personalidades comunes, que, en su mutua competencia, están destinadas a mejorar el aparato de producción y los productos mismos. En la medida en que el pensamiento teórico no se aplique a fines altamente especializados, en relación con estas luchas, principalmente la guerra y su industria, el interés por él ha disminuido. Se emplean menos energías en formar y hacer progresar la facultad de pensar prescindiendo de su forma de aplicación.

Estas diferencias, a las cuales podríamos agregar aún muchas otras, no impiden, sin embargo, que la teoría en su forma tradicional, el juicio acerca de lo dado en virtud de un aparato de conceptos y de juicios corriente, que rige también para la conciencia más simple, además de la acción recíproca que media entre los hechos y las formas teóricas como consecuencia de las actividades profesionales, cotidianas, ejerza una función social positiva. A este hacer intelectual se han incorporado las necesidades y los fines, las experiencias y destrezas, las costumbres y tendencias de la forma actual del ser del hombre. Tal como un instrumento material de producción, él representa, como posibilidad, un elemento perteneciente, no solo a la totalidad cultural actual, sino también a un todo cultural más justo, más diferenciado, más armónico. En la medida en que este pensamiento teórico no se acomoda conscientemente a intereses externos, ajenos al objeto, sino que se atiene realmente a los problemas tal como ellos aparecen ante él como consecuencia del desarrollo de las especialidades, y en la medida en que, en conexión con esto, plantea nuevos problemas y modifica viejos conceptos cuando ello parece necesario, puede entonces, con derecho, considerar los logros de la época burguesa en materia de técnica e industria como su legitimación, y puede también estar seguro de sí mismo. Por supuesto que se comprende a sí mismo como hipótesis y no como certeza. Pero este carác-

ter de hipótesis es compensado de muchas maneras. La inseguridad no es mayor que lo que debe ser en virtud de los medios intelectuales y técnicos con que se cuenta y que, en general, han probado su utilidad, y la formulación de tales hipótesis, en cuanto tal y por pequeña que sea su verosimilitud, vale como un logro socialmente necesario y valioso que, en sí mismo, en todo caso no es hipotético. La formación de hipótesis, el trabajo teórico en general, es una actividad para la cual existe, en la situación social presente, una fundamental posibilidad de aplicación, es decir, una demanda. Si ella es pagada por debajo de su valor, o incluso si no puede ser vendida, comparte simplemente el destino de otros trabajos concretos y, quizás, útiles, desechados por esta economía. No obstante, ellos la suponen y forman parte del proceso económico en su totalidad, tal como se cumple bajo determinadas condiciones históricas. Esto nada tiene que ver con la pregunta sobre si los esfuerzos científicos mismos son productivos en sentido estricto. En este sistema hay demanda para una enorme cantidad de productos llamados científicos; son apreciados de los más diversos modos, y una parte de los bienes que provienen realmente de un trabajo productivo es gastada en ellos, sin que esto implique nada respecto de su propia productividad. También la ociosidad de ciertos sectores de la actividad universitaria, así como la ingeniosidad vacía, la formación metafísica o no metafísica, de ideologías, tienen, junto con otros requerimientos surgidos de los antagonismos de la sociedad, su importancia social, sin que en el período actual sean realmente adecuados a los intereses de alguna mayoría notable de la sociedad. Una actividad que contribuye a la existencia de la sociedad en su forma dada no necesita, en modo alguno, ser productiva, es decir crear valores para una empresa. No obstante ello, puede pertenecer a ese sistema y contribuir a posibilitarlo; es lo que ocurre, en verdad, con la ciencia especializada.

Ahora bien, hay un comportamiento humano¹⁴ que tiene por objeto la sociedad misma. No está dirigido solamente a subsanar inconvenientes, pues para él estos dependen más bien de la construcción de la sociedad en su conjunto. Si bien se origina en la estructura social, no está empeñado, ni por su intención consciente ni por su significado objetivo, en que una cosa

14 Este comportamiento es designado, en lo que sigue, como «crítico». La palabra se entiende aquí no tanto en el sentido de la crítica idealista de la razón pura, como en el de la crítica dialéctica de la economía política. Se refiere a una característica esencial de la teoría dialéctica de la sociedad.

cualquiera funcione mejor en esa estructura. Las categorías de mejor, útil, adecuado, productivo, valioso, tal como se las entiende en este sistema, son, para tal comportamiento, sospechosas en sí mismas y de ningún modo constituyen supuestos extracientíficos con los cuales él nada tenga que hacer. Por regla general, el individuo acepta naturalmente, como preestablecidas, las destinaciones básicas de su existencia, esforzándose por darles cumplimiento; además, encuentra su satisfacción y pundonor en resolver, con todos los medios a su alcance, las tareas inherentes a su puesto en la sociedad, y, a pesar de la energía con que puede criticar cuestiones de detalle, en seguir haciendo afanosamente lo suyo; en cambio, el comportamiento crítico a que nos referíamos, de ninguna manera acata esas orientaciones que la vida social, tal y como ella se desenvuelve, pone en manos de cada uno. La separación entre individuo y sociedad, en virtud de la cual el individuo acepta como naturales los límites prefijados a su actividad, es relativizada en la teoría crítica. Esta concibe el marco condicionado por la ciega acción conjunta de las actividades aisladas, es decir la división del trabajo dada y las diferencias de clase, como una función que, puesto que surge del obrar humano, puede estar subordinada también a la decisión planificada, a la persecución racional de fines.

El carácter escindido, propio del todo social en su configuración actual, cobra la forma de contradicción consciente en los sujetos del comportamiento crítico. En tanto reconocen ellos la forma presente de economía, y toda la cultura fundada sobre ella, como productos del trabajo humano, como la organización que la humanidad se dio a sí misma en esta época y para la cual estaba capacitada, se identifican con esta totalidad y la entienden como voluntad y razón: es su propio mundo. Al mismo tiempo, advierten que la sociedad es comparable con procesos naturales extrahumanos, con puros mecanismos, puesto que las formas de cultura, fundadas en la lucha y la opresión, no son testimonios de una voluntad unitaria, autoconsciente: este mundo no es el de ellos, sino el del capital. Lo que va de la historia no puede, en rigor, ser comprendido; comprensibles solo son en ella individuos y grupos aislados, y estos ni siquiera totalmente, pues, en virtud de su dependencia interna respecto de una sociedad inhumana, ellos son, aun en sus acciones conscientes, en gran medida funciones mecánicas. Aquella identificación es por ello contradictoria, una contradicción que caracteriza a todos los conceptos del pensamiento crítico. Para este, las categorías económicas de «trabajo», «va-

lor» y «productividad» significan exactamente lo que ellas significan en este sistema, y toda otra explicación es vista como un mal idealismo. Al mismo tiempo, el aceptar simplemente ese significado implica la más torpe de las falsedades: el reconocimiento crítico de las categorías que dominan la vida de la sociedad contiene también la condena de aquellas. Este carácter dialéctico de la autointerpretación del hombre actual determina también, en última instancia, la oscuridad de la crítica kantiana de la razón. La razón no puede hacerse comprensible a sí misma mientras los hombres actúen como miembros de un organismo irracional. El organismo, como unidad que crece y muere de manera natural, no es precisamente un modelo para la sociedad, sino una sofocante forma de ser, de la cual debe emanciparse. Un comportamiento que, orientado hacia esa emancipación, tiene como meta la transformación de la totalidad, puede muy bien servirse del trabajo teórico, tal como él se lleva a cabo dentro de los ordenamientos de la realidad establecida. Carece, sin embargo, del carácter pragmático que es propio del pensamiento tradicional en cuanto trabajo profesional socialmente útil.

Para el pensamiento teórico corriente, tal como lo hemos expuesto, tanto la génesis de las circunstancias dadas, como también la aplicación práctica de los sistemas de conceptos con que se las aprehende, y por consiguiente su papel en la praxis, son considerados exteriores. Este extrañamiento, que en la terminología filosófica se expresa como separación entre valor e investigación, conocimiento y acción, así como en otros pares de oposiciones, preserva al investigador de las contradicciones señaladas y otorga un marco fijo a su actividad. A un pensamiento que no reconoce ese marco parece faltarle toda base de apoyo. ¿Qué otra cosa podría representar un procedimiento teórico que, en última instancia, no se reduzca a la determinación de hechos a partir de sistemas de conceptos lo más simples y diferenciados que se pueda, sino un juego intelectual y falto de dirección, mitad fantasía abstracta, mitad expresión impotente de estados de ánimo? La indagación del condicionamiento social de hechos y de teorías puede constituir quizás un problema de investigación, incluso todo un campo de trabajo teórico, pero no se advierte en qué medida tales estudios se diferenciarían básicamente de otros estudios especializados. La investigación de ideologías o la sociología del conocimiento, que han sido extraídas de la teoría crítica y establecidas como disciplinas especiales, no están, ni por su esencia ni por sus propósitos, en oposición con la actividad corrien-

te de la ciencia ordenadora. En ellas, el conocimiento de sí del pensamiento se reduce a descubrir relaciones entre posiciones espirituales y situaciones sociales. La estructura del comportamiento crítico, cuyos propósitos sobrepasan los de la praxis social dominante, no es, por cierto, más afín a estas disciplinas que a las ciencias naturales. Su oposición al concepto tradicional de teoría no surge tanto de la diferencia de objetos cuanto de sujetos. Para los representantes de este comportamiento, los hechos, tal como ellos provienen del trabajo en la sociedad, no son exteriores en el mismo sentido en que lo son para los investigadores o los miembros de otras ramas profesionales, que piensan como investigadores en pequeño. Para aquellos, tratase de una reorganización del trabajo. Pero en la medida en que las circunstancias que se ofrecen a la percepción son entendidas como productos que están bajo el control del hombre o, en todo caso, en el futuro han de caer bajo ese control, dichas circunstancias pierden el carácter de mera facticidad.

Mientras que el especialista, «en cuanto» científico, ve la realidad social, junto con sus productos, como exterior, y, «en cuanto» ciudadano, percibe su interés por ella a través de artículos políticos, de la afiliación a partidos o a organizaciones de beneficencia, y de su participación en las elecciones, sin unir ambas cosas —y algunas otras formas de comportamiento— en su persona de otro modo que, a lo sumo, mediante una interpretación psicológica, hoy, en cambio, el pensamiento crítico está motivado por el intento de suprimir y superar realmente esa tensión, de suprimir la oposición entre la conciencia de fines, la espontaneidad y la racionalidad esbozadas en el individuo y las relaciones del proceso de trabajo, fundamentales para la sociedad. El pensamiento crítico contiene un concepto del hombre que se opone a sí mismo en tanto no se produzca esa identidad. Si el actuar conforme a la razón es propio del hombre, la praxis social dada, que forma la existencia hasta en sus mismos detalles, es inhumana, y este carácter de inhumanidad repercute en todo lo que se realiza en la sociedad. La actividad intelectual y material del hombre siempre seguirá teniendo algo exterior: esto es, la naturaleza como suma de los factores no dominados aún en cada época, y con los cuales la sociedad está en relación. Pero si a ello se suman, como una parte más de la naturaleza, las circunstancias que dependen únicamente del hombre mismo, su relación en lo que respecta al trabajo, la marcha de su propia historia, entonces esta exterioridad no solo no es una categoría suprahistórica, eterna —tampoco es pura naturaleza en el sentido señalado—, sino

el signo de una lamentable impotencia cuya aceptación es anti-humana y antirracional.

El pensamiento burgués está constituido de tal manera que, en la reflexión sobre su propio sujeto, admite con necesidad lógica el *ego*, el cual se cree autónomo. Por su esencia, es abstracto, y su principio es la individualidad ajena al acontecer, la individualidad que, en su pretensión, se eleva a causa última del mundo o aun a mundo. Su opuesto inmediato es la convicción que se tiene a sí misma por la expresión no problemática de una comunidad ya existente, por ejemplo, la ideología de la raza. El nosotros retórico es usado aquí en serio. El hablar cree ser el instrumento de la generalidad. En la desgarrada sociedad de hoy, este pensamiento es, al menos en cuestiones sociales, armnicista e ilusionista. El pensamiento crítico y su teoría se oponen a ambas actitudes. No son ni la función de un individuo aislado ni la de una generalidad de individuos. Tiene, en cambio, conscientemente por sujeto a un individuo determinado, en sus relaciones reales con otros individuos y grupos, y en su relación crítica con una determinada clase, y, por último, en su trabazón, así mediada, con la totalidad social y la naturaleza. No es un punto, como el yo de la filosofía burguesa; su exposición consiste en la construcción del presente histórico. El sujeto pensante tampoco es el lugar en el que confluyen conocimiento y objeto, lugar a partir del cual se obtendría entonces un saber absoluto. Esta apariencia en la que, desde Descartes, vive el idealismo, es ideología en sentido estricto: la limitada libertad del individuo burgués aparece en forma de libertad y autonomía perfectas. Pero el yo, sea que actúe simplemente como pensante o de alguna otra manera, en una sociedad impenetrable, inconsciente, tampoco tiene la certeza de sí mismo. En el pensar acerca del hombre, sujeto y objeto se separan el uno del otro; su identidad está puesta en el futuro y no en el presente. El método que conduce a ello puede llamarse, en la terminología cartesiana, clarificación; pero esta, en el pensamiento realmente crítico, significa, no solamente un proceso lógico, sino al mismo tiempo un proceso histórico concreto. En su decurso se transforman, tanto la estructura social en su totalidad, como la relación del teórico con la sociedad, es decir, se transforma el sujeto así como el papel del pensamiento. La aceptación de la invariabilidad esencial de la relación entre sujeto, teoría y objeto, diferencia la concepción cartesiana de cualquier lógica dialéctica.

Pero, ¿en qué conexión está el pensamiento crítico con la experiencia? Si ese pensamiento no sólo debe ordenar, sino tam-

bién extraer de sí mismo los fines trascendentes a ese ordenar, su propia dirección, entonces siempre permanece simplemente cabe sí (*bei sich*), como la filosofía idealista. Y, en la medida en que no se exalte en fantasías utópicas, se hunde en espejismos formalistas. El intento de determinar conceptualmente fines prácticos de un modo legítimo debería fracasar siempre. Si el pensar no se conforma con el papel que se le ha adjudicado en la sociedad establecida, si no ejerce la teoría en el sentido tradicional, recae necesariamente en ilusiones superadas ya hace tiempo. Esta reflexión, este regreso comete el error de entender el pensar en forma separada, especializada y, por lo mismo, espiritualista, tal como él se realiza bajo las condiciones de la actual división del trabajo. En la realidad social, la actividad de pensar nunca ha permanecido cabe sí misma (*bei sich selbst*), sino que, desde un principio, ha funcionado como momento independiente del proceso de trabajo, que tiene una tendencia propia. Por medio del movimiento antagónico de épocas y fuerzas progresivas y retrógradas, dicho proceso conserva, eleva y desarrolla la vida humana. En las formas históricas de existencia de la sociedad, el excedente de bienes de consumo producidos, en la etapa alcanzada en cada caso, benefició directamente solo a un pequeño grupo de personas, y estas condiciones de vida se manifestaron también en el pensamiento, imprimieron su sello en la filosofía y en la religión. Sin embargo, en lo profundo alentó, desde el comienzo, el anhelo de extender la posibilidad de consumo a la mayoría; a pesar de la conveniencia material que ofrecía la organización de la sociedad en clases, cada una de sus formas se reveló finalmente como inadecuada. Esclavos, siervos y ciudadanos se sacudieron el yugo. Este anhelo también se plasmó en las formas culturales. Y en la historia moderna, al exigirse de cada individuo que haga suyos los fines de la totalidad y que los reconozca nuevamente en ella, existe la posibilidad de que la dirección del proceso social del trabajo, dirección que se establece sin una teoría determinada y como resultante de fuerzas dispares, y en cuyos instantes críticos la desesperación de las masas fue por momentos decisiva, penetre en la conciencia y se transforme en una meta. El pensamiento no extrae esto de sí mismo, más bien diríamos que descubre su propia función. Los hombres llegan, en la marcha de la historia, al conocimiento de su hacer, y así comprenden la contradicción contenida en su propia existencia. La economía burguesa estuvo dispuesta de tal modo que los individuos, en cuanto persiguiesen su propia felicidad, mantendrían la vida social. Pero en tal es-

estructura está implícita una dinámica en virtud de la cual, y en una proporción que en definitiva hace pensar en las antiguas dinastías asiáticas, de un lado se concentra un poder fabuloso, y del otro una completa impotencia material e intelectual. Aquello que, en esta organización del proceso de vida, resultaba originariamente fecundo, se transforma en infructuosidad y en estorbo. Los hombres, con su mismo trabajo, renuevan una realidad que, de un modo creciente, los esclaviza.

Y, efectivamente, con respecto al papel de la experiencia, existe una diferencia entre la teoría tradicional y la teoría crítica. Los puntos de vista que esta extrae del análisis histórico como fines de la actividad humana, especialmente la idea de una organización social racional acorde con la generalidad, son immanentes al trabajo humano, sin que los individuos o la conciencia pública los tengan presentes en su verdadera forma. El experimentar y percibir estas tendencias responde a un interés especial. De acuerdo con la doctrina de Marx y Engels, ese interés se engendra necesariamente en el proletariado. En virtud de su situación en la sociedad moderna, el proletariado experimenta la relación entre un trabajo que pone en manos de los hombres, en la lucha de estos con la naturaleza, medios cada vez más poderosos, y la continua renovación de una organización social caduca. La desocupación, las crisis económicas, la militarización, los gobiernos fundados sobre el terror, el estado general de las masas, no se basan, precisamente, en lo precario del potencial técnico, como pudo ocurrir en épocas anteriores, sino en las condiciones en que se lleva a cabo la producción, condiciones que ya no se adecuan al momento presente. El despliegue de todos los medios, físicos y espirituales, para el dominio de la naturaleza, es coartado por el hecho de que ellos están en manos de intereses particulares opuestos los unos a los otros. La producción no está orientada hacia la vida de la comunidad, contemplando además las exigencias de los individuos, sino que se dirige en primer lugar a las exigencias de poder de los individuos, contemplando también, en caso de necesidad, la vida de la comunidad. Esto ha sido una derivación forzosa del principio progresista de que es suficiente con que los individuos, bajo el sistema de propiedad establecido, se preocupen solo de sí mismos.

Pero en esta sociedad tampoco la situación del proletariado constituye una garantía de conocimiento verdadero. Por más que el proletariado experimente en sí mismo el absurdo como continuidad y aumento de la miseria y la injusticia, la diferenciación de su estructura social, que también es estimulada por

los sectores dominantes, y la oposición entre intereses personales e intereses de clase, que solo en momentos excepcionales se logra romper, impiden que esa conciencia se imponga de un modo inmediato. También para el proletariado el mundo tiene, en la superficie, una apariencia distinta. Una posición que no fuera capaz de enfrentar al propio proletariado en nombre de sus verdaderos intereses y, por ende, también en nombre de los verdaderos intereses de la sociedad en su conjunto, y, por el contrario, extrajera sus lineamientos de los pensamientos y sentimientos de la masa, caería ella misma en una dependencia esclavizadora respecto de lo establecido. El intelectual que se limita a proclamar en actitud de extasiada veneración la fuerza creadora del proletariado, contentándose con adaptarse a él y glorificarlo, pasa por alto el hecho de que la renuncia al esfuerzo teórico —esfuerzo que él elude con la pasividad de su pensamiento— o la negativa a un eventual enfrentamiento con las masas— a la que podría llevarlo su propio pensamiento— vuelven a esas masas más ciegas y más débiles de lo que deberían ser. El propio pensamiento del intelectual, en tanto elemento crítico y propulsor, forma parte del desarrollo de las masas. Que ese pensamiento se subordine por completo a la situación psicológica de aquella clase que, en sí, representa la fuerza transformadora, induce en ese intelectual el sentimiento gratificador de estar ligado a un poder inmenso, instilándole un optimismo profesional. Cuando este optimismo es desmentido por períodos de fracaso profundo, muchos intelectuales corren el peligro de caer en el nihilismo y en un pesimismo social tan extremo cuan exagerado era su anterior optimismo. No soportan que justamente el pensamiento más actual, el que abarca más profundamente la situación histórica, el más promisorio, en determinados períodos traiga como consecuencia el aislamiento de sus portadores y la necesidad de nadar contra la corriente.

Si la teoría crítica consistiera en esencia en formular los sentimientos e ideas de una clase en determinados momentos, no ofrecería ninguna diferencia estructural respecto de la ciencia especializada: en ese caso se trataría de la descripción de contenidos psíquicos que son típicos de determinados grupos de la sociedad, es decir, de una psicología social. La relación entre ser y conciencia es diferente en las diversas clases de la sociedad. Las ideas con que la burguesía explica su propio sistema: el intercambio equitativo, la libre competencia, la armonía de los intereses, etc., revelan su contradicción interna y, con ello, su antítesis respecto de ese sistema, apenas se las considera se-

riamente y se las piensa, hasta sus últimas consecuencias, como principio de la sociedad. Así, pues, la mera descripción de la autoconciencia burguesa no proporciona por sí sola la verdad acerca de esa clase. Tampoco la sistematización de los contenidos de conciencia del proletariado puede proporcionarnos una imagen verdadera de su existencia y de sus intereses. Ella sería una teoría tradicional caracterizada por un planteamiento peculiar de los problemas, y no el aspecto intelectual del proceso histórico de la emancipación del proletariado. Lo mismo valdría si pretendiéramos limitarnos a registrar y publicar, no las ideas del proletariado en general, sino las de una fracción más avanzada de este, las de un partido o las de sus conductores. El registro y ordenamiento, dentro de un aparato conceptual ajustado lo más posible a los hechos, constituiría, también en este caso, la verdadera tarea, y la última meta del teórico sería la previsión de datos sociopsicológicos futuros. El pensar, el formular la teoría, por un lado, y su objeto, el proletariado, por el otro, serían asunto aparte. Pero si el teórico y su actividad específica son vistos como constituyentes de una unidad dinámica con la clase dominada, de modo que su exposición de las contradicciones sociales aparezca, en esa unidad, no solo como expresión de la situación histórica concreta, sino, en igual medida, como factor estimulante, transformador, entonces se hace patente su función. El proceso de confrontación crítica entre los sectores avanzados de la clase social y los individuos que declaran la verdad acerca de ella, así como entre estos sectores más avanzados, junto con sus teóricos, y el resto de la clase, debe ser entendido como un proceso de acción recíproca en el cual la conciencia desarrolla, al mismo tiempo que sus fuerzas liberadoras, sus fuerzas propulsoras, disciplinantes y agresivas. El vigor de dicho proceso se manifiesta en la constante posibilidad de tensión entre el teórico y la clase a la que se refiere su pensar. La unidad de las fuerzas sociales de las que se espera la liberación es al mismo tiempo —en el sentido de Hegel— su diferencia: solo existe como conflicto, que amenaza constantemente a los sujetos comprendidos en él. Esto se hace evidente en la persona del teórico: su crítica es agresiva, no solo frente a los apologistas conscientes de lo establecido, sino en la misma medida frente a tendencias discrepantes, conformistas o utopistas dentro de sus propias filas.

La concepción tradicional de teoría, parte de la cual es captada por la lógica formal, responde al proceso de producción según la división del trabajo, tal como se da en la actualidad. Puesto

que la sociedad tendrá que enfrentarse con la naturaleza también en épocas futuras, esta técnica intelectual no será irrelevante sino que, por el contrario, deberá ser desarrollada al máximo. Pero la teoría, como momento de una praxis orientada hacia formas sociales nuevas, no es la rueda de un mecanismo que se encuentre en movimiento. Si bien las victorias y derrotas presentan una vaga analogía con la verificación e invalidación de hipótesis en el dominio de la ciencia, el teórico crítico no puede apoyarse en ellas para cumplir sus tareas. Le sería imposible alabar, como Poincaré, un avance enriquecedor logrado a costa de desechar hipótesis.¹⁵ Su oficio es la lucha, de la cual es parte su pensamiento, no el pensar como algo independiente que debiera ser separado de ella. En su comportamiento tienen cabida, ciertamente, muchos elementos teóricos en el sentido habitual: el conocimiento y pronóstico de hechos relativamente aislados, juicios científicos, planteo de problemas que, por sus intereses específicos, difieren de los corrientes, pero presentan la misma forma lógica. Lo que la teoría tradicional se permite admitir sin más como existente, su papel positivo en una sociedad en funcionamiento, su relación, mediada y poco evidente por cierto, con la satisfacción de las necesidades de la comunidad, su participación en el proceso de vida de la totalidad que se renueva a sí misma, todas estas pretensiones por las que la ciencia no suele preocuparse ya que su cumplimiento es reconocido y asegurado por la posición social del científico, son cuestionadas por el pensamiento crítico. La meta que este quiere alcanzar, es decir, una situación fundada en la razón, se basa, es cierto, en la miseria presente; pero esa miseria no ofrece por sí misma la imagen de su supresión. La teoría esbozada por el pensar crítico no obra al servicio de una realidad ya existente: solo expresa su secreto. Aunque en cada momento se puedan detectar con exactitud equívocos y confusiones, aunque se pueda eliminar cualquier error, sin embargo la tendencia general de tal empresa, el quehacer intelectual como tal, por más exitoso que prometa ser, no obtiene ninguna sanción del sentido común, ninguna consagración social. Por el contrario, las teorías que son susceptibles de confirmación o rechazo en la construcción de máquinas, en organizaciones militares, o en exitosas piezas cinematográficas, terminan, aun cuando se las elabore en forma independiente de su aplicación, como la física teórica, en algún consumo claramente descriptible, por más que este consista

15 Cf. H. Poincaré, *op. cit.*, pág. 152.

sólo en un manejo virtuosista de los signos matemáticos, recompensando el cual la buena sociedad deja traslucir su sentido de la humanidad.

Pero de cómo será consumido el futuro con el que tiene que ver el pensar crítico, de eso no hay ejemplos semejantes. No obstante, la idea de una sociedad futura como comunidad de hombres libres, tal como ella sería posible con los medios técnicos con que se cuenta, tiene un contenido al que es preciso mantenerse fiel a través de todos los cambios. En cuanto es la comprensión del modo en que el desmembramiento y la irracionalidad pueden ser eliminados ahora, esa idea se reproduce de continuo en la situación imperante. Pero la facticidad juzgada en esa idea, las tendencias que apuntan a una sociedad racional, no son creadas fuera de ese pensar crítico por fuerzas exteriores a él en cuyo producto pudiera él reconocerse luego, digamos, por simple casualidad, sino que el mismo sujeto que quiere imponer esos hechos, una realidad mejor, es también quien los concibe. La problemática coincidencia entre pensar y ser, entendimiento y sentidos, necesidades humanas y su satisfacción dentro de la caótica economía de hoy, coincidencia que, en la época burguesa, aparece como azar, debe dejar paso a la relación entre propósito racional y realización. La lucha por el futuro es el imperfecto reflejo de esta relación, en cuanto una voluntad orientada hacia la configuración de la sociedad como un todo actúa ya conscientemente dentro de la teoría y la praxis que deben conducir a ello. En la organización y la comunidad de los combatientes aparece, más allá de toda la disciplina basada en la necesidad de imponerse, algo de la libertad y espontaneidad del futuro. Donde la unidad de disciplina y espontaneidad ha desaparecido, el movimiento se transforma en asunto de su propia burocracia, un espectáculo que ya pertenece al repertorio de la historia moderna.

La vigencia en el presente de ese futuro anhelado no es, sin embargo, ninguna certeza. El sistema conceptual del entendimiento ordenador, las categorías en las cuales son admitidos, por lo común, lo caduco y lo vigente, así como procesos sociales, psicológicos y físicos, la separación entre los objetos y los juicios en las ramas de las ciencias particulares, todo esto constituye el aparato conceptual tal como él se ha confirmado y ajustado en conexión con el proceso real del trabajo. Este mundo de conceptos constituye la conciencia general, posee un fundamento al cual sus portadores se pueden remitir. También los intereses del pensar crítico son generales, pero no generalmente reconocidos. Los conceptos que surgen bajo su in-

fluencia critican el presente. Las categorías marxistas de clase, explotación, plusvalía, ganancia, pauperización, crisis, son momentos de una totalidad conceptual cuyo sentido ha de ser buscado, no en la reproducción de la sociedad actual, sino en su transformación en una sociedad justa. Aunque la teoría crítica en ningún momento procede arbitrariamente o por azar, para el modo dominante de juzgar ella aparece, justamente por eso, como subjetiva y especulativa, parcial e inútil. Como ella se opone a los hábitos dominantes de pensamiento, que contribuyen a la sobrevivencia del pasado y cuidan de los negocios de un orden perimido, como se opone a los responsables de un mundo parcializado, impresiona como parcial e injusta. Pero, por sobre todo, ella no puede exhibir un rendimiento material. La transformación que trata de obrar la teoría crítica no es algo que se imponga paulatinamente, de modo que su éxito, aunque lento, fuese constante. El crecimiento del número de partidarios más o menos esclarecidos, la influencia de algunos de ellos sobre los gobiernos, la asunción del poder por partidos que muestran una actitud positiva frente a la teoría o, por lo menos, no la proscriben, todo esto pertenece a las alternativas de la lucha por alcanzar una etapa superior de la convivencia humana; no es el punto de partida de la teoría. Tales logros pueden revelarse luego incluso como victorias aparentes y errores. Una operación de abono en la agricultura o la aplicación de una terapia médica pueden estar muy lejos aún de la efectividad ideal y, no obstante, producir ya algún resultado. Quizá las teorías que están en la base de tales ensayos técnicos deban ser reajustadas, renovadas o invalidadas en relación con la praxis especial y con los descubrimientos hechos en otros campos; pero al menos se ahorró una cuota de trabajo con relación a lo producido, y se curaron o atenuaron muchas enfermedades.¹⁶ En cambio, la teoría que tiende a la transformación de la totalidad social tiene, por lo pronto, como consecuencia que la lucha con la que está relacionada se agudice. Aun cuando ciertas mejoras materiales, fruto de la incrementada fuerza de resistencia de determinados grupos, repercuten indirectamente en la teoría, estos no son sectores de la sociedad de cuya constante expansión vaya a originarse finalmente la sociedad nueva. Tales ideas desvirtúan la fundamental diversidad de un todo social dividido, en el cual el poder material e ideológico funciona con miras a la conservación de

16 De modo similar proceden los aportes teóricos de la economía política y de la técnica de las finanzas y la utilización de estos en la política económica.

privilegios, por oposición a una asociación de hombres libres en la cual cada uno tiene la posibilidad de desarrollarse. Esta idea se diferencia de la utopía abstracta porque aduce como prueba de su posibilidad real el estado actual de las fuerzas humanas de producción. Pero el número de tendencias que pueden conducir a ella, el de las transiciones que se vayan alcanzando, la medida en que las etapas previas aisladas puedan ser deseables y valiosas en sí mismas —esto es, lo que ellas signifiquen históricamente para esa idea—, todo eso se define sólo cuando ella se realiza. Este pensar tiene algo en común con la fantasía, a saber: que una imagen de futuro, que surge por cierto desde la más profunda comprensión del presente, determina pensamientos y acciones, aun en los períodos en que la marcha de las cosas parece descartarla y dar fundamento a cualquier doctrina antes que a la creencia en su cumplimiento. Pero no es propio de este pensar lo arbitrario y lo sospechosamente independiente, sino la tenacidad de la fantasía. Dentro de los grupos más avanzados, es el pensador teórico quien debe implantar esa tenacidad. Tampoco en esta situación predomina la armonía. Si el teórico de la clase dominante alcanza, tal vez luego de penosos comienzos, una posición relativamente segura, para el bando contrario él pasa por enemigo o delincuente o bien por un utopista ajeno al mundo, y la discusión al respecto no queda decidida ni siquiera después de su muerte. El significado histórico de su actividad no es evidente de suyo; antes depende de que los hombres hablen y actúen en favor de él. Ese significado no es el propio de una figura histórica ya terminada.

La capacidad para actos de pensamiento tales como los que exige la praxis cotidiana, tanto en la vida de los negocios como en las ciencias, ha sido desarrollada en los hombres a lo largo de siglos de educación realista; una falla conduce aquí al dolor, a la frustración y al castigo. Esta forma de comportamiento intelectual consiste esencialmente en que las condiciones para la aparición de un efecto, que siempre ha aparecido bajo los mismos supuestos, son reconocidas y, en determinadas circunstancias, provocadas de manera autónoma. Hay un aprendizaje intuitivo, logrado a través de las buenas y malas experiencias y del experimento organizado. Aquí está en juego la supervivencia individual inmediata, y la humanidad ha tenido en la sociedad burguesa la oportunidad de desarrollar el sentido para ella. El conocimiento en esta acepción tradicional, incluyendo toda clase de experiencias, está contenido en la teoría y la praxis críticas. Pero, en lo que respecta a la trans-

formación esencial a que ellas apuntan, falta la correspondiente percepción concreta en tanto esta no se dé en toda su realidad. Si la prueba del pastel es comerlo, aquí, en todo caso, todavía está por cumplirse. La comparación con acontecimientos históricos similares solo es posible de una manera muy condicionada. Por ello el pensamiento constructivo tiene, en la totalidad de esta teoría, una importancia mayor frente a lo empírico que en la vida del sentido común. En esto reside una de las causas por las cuales, en asuntos que conciernen a la sociedad en su conjunto, personas que, en especialidades científicas aisladas o en otras ramas profesionales, dan pruebas de un enorme rendimiento, pueden mostrarse, a pesar de su buena voluntad, limitadas e incapaces. En todas las épocas en las cuales las transformaciones sociales estuvieron a la orden del día, quienes, en oposición a ello, pensaban «demasiado», han pasado por peligrosos. Esto nos lleva al problema general de la inteligencia en su relación con la sociedad.

El teórico, cuya actividad consiste en apresurar un desarrollo que conduzca a una sociedad sin injusticia, puede encontrarse —como hemos expuesto— en oposición a opiniones que predominan, precisamente, entre el proletariado. Sin la posibilidad de este conflicto, no se requeriría ninguna teoría; ella sería algo espontáneo en sus beneficiarios. Ese conflicto no está necesariamente relacionado con la situación individual, de clase, del teórico; ella no depende de la forma de sus ingresos. Engels fue un *businessman*. En la sociología especializada, que toma su concepto de clase, no de la crítica de la economía, sino de sus propias observaciones, no es ni la fuente de ingresos ni el contenido fáctico de la teoría del investigador lo que decide acerca de su pertenencia social; lo decisivo es el elemento formal de la educación. La posibilidad de una visión de conjunto más amplia —no digamos la que es propia de los magnates de la industria, que conocen el mercado mundial y dirigen entre bambalinas Estados enteros, sino la que corresponde a profesores universitarios y funcionarios medianos, médicos, abogados, etc.— ha de ser constitutiva de la *intelligentsia*, es decir, una especial clase social o, inclusive, suprasocial. Si la misión del teórico crítico es reducir la discrepancia entre su comprensión y la de la humanidad oprimida para la cual él piensa, en aquel concepto sociológico el volar por encima de las clases llega a ser el rasgo esencial de la *intelligentsia*, una especie de privilegio del cual ella se enorgullece.¹⁷ La neutralidad de esta cate-

17 El autor alude aquí y en el párrafo siguiente a la teoría de la

goría responde al autoconocimiento abstracto del científico. El modo como el saber aparece en el consumo burgués del liberalismo, o sea como conocimiento útil en determinadas circunstancias, sean cuales fueren, es compendiado también teóricamente por esta sociología. Marx y Mises, Lenin y Liefmann, Jaurès y Jevons, todos ellos pertenecen a una clasificación sociológica única, si es que no se deja de lado a los políticos, y, en el papel de posibles discípulos, se los contraponen a los científicos de la política, a los sociólogos y los filósofos, considerados como los que saben. De estos deben aprender entonces los políticos a aplicar «tal o cual medio» si asumen «tal o cual posición»; deben aprender también si su posición práctica es asumible «con coherencia interna».¹⁸ Entre los hombres que influyen en las luchas sociales, luchas que se desarrollan en la historia, y el diagnosticador sociológico que les asigna su puesto se constituye una división del trabajo.

La teoría crítica está en contradicción con el concepto formalista de espíritu en que se basa dicha teoría de la *intelligentsia*. Para ella solo existe una verdad, y los predicados positivos de honestidad y coherencia interna, de racionalidad, de esfuerzo por la paz, libertad y felicidad no pueden atribuirse en el mismo sentido a cualquier otra teoría o praxis. No hay una teoría de la sociedad, ni siquiera la del sociólogo que generaliza, que no incluya intereses políticos acerca de cuya verdad haya que decidir, ya no mediante una reflexión neutral en apariencia, sino nuevamente actuando y pensando, es decir en la actividad histórica concreta. Que el intelectual pretenda que se requiere previamente un difícil esfuerzo de pensamiento, que solo él puede llevar a cabo, a fin de poder decidir entre fines y medios revolucionarios, liberales o fascistas, es algo completamente inconcebible. Hace ya décadas que la situación no es esa. La vanguardia necesita la perspicacia en la lucha política, no la información académica acerca de su pretendida posición. Precisamente en un momento en el que, en Europa, las fuerzas liberadoras están desorientadas y tratan de reorganizarse; en el que todo depende de matices dentro de sus propios movimientos; en el que la indiferencia frente al contenido determinado, surgida de la derrota, de la desesperación y de una burocracia corrupta, amenaza con destruir toda esponta-

sociología del conocimiento de Karl Mannheim, acerca de la situación específica y del modo de pensar de la inteligencia en la época burguesa. (N. del E. alemán.)

18 M. Weber, *Wissenschaft als Beruf*, en *Gesammelte Aufsätze zur Wissenschaftslehre*, Tübinga, 1922, pág. 549 y sig.

neidad, experiencia y conocimiento en las masas, a pesar del heroísmo de algunos individuos, la concepción extrapartidaria y por lo tanto abstracta de la *intelligentsia* implica una forma de abordar los problemas que, sencillamente, encubre las cuestiones decisivas. El espíritu es liberal. No soporta ninguna presión externa, ninguna adaptación de sus resultados a la voluntad de un poder. Sin embargo, no está separado de la vida de la sociedad, no la sobrevuela. En la medida en que tiende a la autonomía, al dominio de los hombres sobre sus propias vidas y sobre la naturaleza, puede reconocer esta tendencia como fuerza actuante en la historia. Considerada aisladamente, la comprobación de tal tendencia se presenta como neutral; pero, así como el espíritu no la puede reconocer sin interés, tampoco puede, sin una lucha real, transformarla en conciencia general. En esa medida el espíritu no es liberal. Los esfuerzos conceptuales que, sin relación consciente con una praxis determinada, se sitúan —siempre según una variable misión académica o de otra especie, cuya promoción promete éxito— ya aquí, ya allá, y tienen ya esto, ya aquello, por asunto propio, pueden prestar servicios útiles a una u otra tendencia histórica; no obstante, a pesar de su corrección formal (¿qué construcción teórica totalmente equivocada no puede, al fin, cumplir con la condición de corrección formal!) pueden coartar o desviar el desarrollo espiritual. El concepto abstracto, mantenido como categoría sociológica, de *intelligentsia*, la cual, además, debe tener funciones de misionera, responde por su estructura a la hipóstasis de la ciencia especializada. La teoría crítica no está ni «arraigada», como la propaganda totalitaria, ni tiene la «libre fluctuación» de la inteligencia liberal.

De la diversa función del pensar tradicional y del pensar crítico surgen las diferencias de su estructura lógica. Las proposiciones primeras de la teoría tradicional definen conceptos universales bajo los cuales deben ser comprendidos todos los hechos de un campo determinado, por ejemplo el concepto de un proceso físico en la física o del acontecer orgánico en la biología. Entre ellas se establece la jerarquía de los géneros y las especies, los que presentan las correspondientes relaciones de subordinación. Los hechos son casos aislados, ejemplares o materializaciones de los géneros. Diferencias temporales entre las unidades del sistema no hay. La electricidad no existe antes que un campo conductor y, a la inversa, tampoco el campo antes que la electricidad, del mismo modo como el león como tal no está antes o después que el león particular. Si en el conocimiento individual puede existir una u otra sucesión

temporal de estas relaciones, en todo caso ello no sucede en el campo de los objetos. La física también se ha apartado de la concepción para la cual los rasgos más generales actúan como causas o fuerzas ocultas en los hechos concretos, y de la hipóstasis de estas relaciones lógicas; solo en la sociología existen aún vacilaciones al respecto. Si se agregan al sistema géneros aislados o se llevan a cabo otras modificaciones, esto, por lo general, no es entendido en el sentido de que las determinaciones son necesariamente demasiado rígidas, de que ellas tienen que ser inadecuadas, ya que, o bien la relación con el objeto, o bien el objeto mismo varían sin perder por ello su identidad. En lugar de ello se considera que las variaciones se deben a una carencia de nuestro conocimiento anterior o son el resultado de reemplazar partes aisladas del objeto por otras, como, por ejemplo, un mapa se desactualiza porque desaparecen bosques, se agregan ciudades nuevas o surgen otros límites. Del mismo modo es entendido también el desarrollo de la vida en la lógica discursiva (o lógica del entendimiento). Este ser humano es ahora un niño, de modo que, según esta lógica, «adulto» sólo puede significar que hay un núcleo fijo que permanece igual a sí mismo: «este ser humano»; a él se le aplican, una después de la otra, las dos cualidades, el ser niño y el ser adulto. Para el positivismo nada permanece idéntico, sino que primero existe un niño, luego un adulto, ambos son dos complejos de hechos diferentes. Esta lógica no puede comprender el hecho de que el ser humano varía y, sin embargo, sigue siendo idéntico a sí mismo.

La teoría crítica de la sociedad comienza igualmente con determinaciones abstractas, en la medida en que trata la época actual caracterizándola como una economía basada en el cambio.¹⁹ Conceptos que aparecen en Marx, tales como mercancía, valor y dinero, pueden hacer las veces de conceptos genéricos, por ejemplo cuando las relaciones de la vida social concreta son juzgadas como relaciones de cambio y se habla del carácter de mercancía de los bienes. Pero la teoría no se agota en relacionar con la realidad los conceptos hipotéticos. El comienzo ya esboza el mecanismo por el cual la sociedad burguesa, tras la supresión de los regímenes feudales, del sistema gremial y de la servidumbre, no sucumbió inmediatamente a su principio anárquico, sino que logró sobrevivir. Es mostrado el efecto regulador del cambio, sobre el que reposa la eco-

19 Para la estructura lógica de la crítica de la economía política, véase «Zum Problem der Wahrheit» (Sobre el problema de la verdad), en el vol. I de esta obra (*Kritische Theorie*), pág. 263 y también 268.

nomía burguesa. La concepción del intercambio entre sociedad y naturaleza, que ya entra aquí en juego; la idea de una época unitaria de la sociedad, la de su autoconservación y otras, ya surgen de ese análisis básico del transcurrir histórico, análisis que está guiado por el interés en el futuro. La relación de los primeros nexos conceptuales con el mundo fáctico no es esencialmente la que media entre lo genérico y lo ejemplar. La relación de cambio caracterizada por la teoría domina, como consecuencia de su dinámica, la realidad social, así como el metabolismo, por ejemplo, domina en gran parte el organismo vegetal y animal. También en la teoría crítica hay que introducir elementos específicos, para alcanzar, desde esta estructura básica, la realidad diferenciada. Pero esa introducción de determinaciones —piénsese en la presencia de existencias de oro, en la expansión hacia ámbitos aún precapitalistas de la sociedad, en el comercio exterior— no ocurre por simple deducción, como en aquella teoría encapsulada en sí misma como especialidad. Antes bien, cada paso de la teoría crítica responde a la noción de hombre y de naturaleza ya presente en las ciencias y en la experiencia histórica. Esto se comprende por sí solo en relación con el principio de la técnica industrial. Pero la noción diferenciada de los modos humanos de reacción se aplica también en otras direcciones en el desarrollo conceptual examinado en estas páginas. Así, la proposición de que las clases inferiores de la sociedad son también, en determinadas condiciones, las que más hijos tienen, juega un papel importante en la demostración de cómo la sociedad mercantil burguesa conduce necesariamente al capitalismo con ejército industrial de reserva y con crisis. La fundamentación psicológica de esa proposición queda librada a las ciencias tradicionales. La teoría crítica de la sociedad parte, pues, de una idea del intercambio mercantil simple determinada por conceptos relativamente generales; bajo el supuesto de la totalidad del saber disponible, de la admisión de material tomado de investigaciones propias y extrañas, se muestra entonces cómo la economía mercantil, dentro de la cambiante condición de hombres y cosas ya dada —y cambiante por la influencia de esa misma economía—, debe conducir necesariamente a la agudización de los antagonismos sociales —agudización que en el momento histórico actual lleva a guerras y revoluciones— sin que sus propios principios, expuestos por la economía política como disciplina especializada, sufran transgresión alguna. El sentido de la necesidad, tal como la entendemos aquí, es, como el de la abstracción de los conceptos, al mismo tiempo

semejante al de los rasgos correspondientes de la teoría tradicional y diferente de ellos. En ambos tipos de teoría el rigor de la deducción estriba en que esta aclara cómo afirmar la inherencia de determinaciones generales implica afirmar la inherencia de ciertas relaciones fácticas. Si se trata de un fenómeno eléctrico, entonces debe ocurrir, puesto que tal o cual característica corresponde al concepto de electricidad, tal o cual suceso. En la medida en que la teoría crítica de la sociedad explica el estado de cosas presente a partir del concepto del intercambio simple, contiene, de hecho, ese tipo de necesidad, solo que la forma hipotética general posee en ella una importancia relativa. El acento no recae en el hecho de que, en cualquier parte donde domine la sociedad mercantil simple, tiene que haber un desarrollo capitalista —si bien esto es verdadero—; antes bien, el acento recae en el hecho de que esta sociedad capitalista real, que, originada en Europa, se extiende por toda la tierra, sociedad para la cual la teoría afirma ser válida, es deducida a partir de la relación básica del cambio en general. Mientras que los juicios categóricos de las ciencias especializadas poseen, en el fondo, carácter hipotético, y los juicios de existencia, cuando los hay, solo tienen cabida en capítulos especiales, en partes descriptivas o prácticas,²⁰ la teoría crítica de la sociedad es en su totalidad un único juicio de existencia desarrollado. Este juicio afirma, dicho en términos generales, que la forma básica de la economía de mercancías históricamente dada, sobre la cual reposa la historia moderna, encierra en sí misma los antagonismos internos y externos de la época, los renueva constantemente de una manera agudizada, y que, tras un período de ascenso, de desarrollo de fuerzas humanas, de emancipación del individuo, tras una fabulosa expansión del poder del hombre sobre la naturaleza, termina impidiendo la continuación de ese desarrollo y lleva a la humanidad hacia una nueva barbarie. Dentro de esta teoría, cada uno de los pasos especulativos posee, por lo menos según su intención, el mismo rigor que las deducciones dentro de una teoría científica especializada; pero, por otra parte, cada uno de esos pasos

20 Entre las formas de juicio y las épocas históricas existen relaciones que queremos esbozar brevemente aquí. El juicio categórico es típico de la sociedad preburguesa: es así, el hombre no puede cambiar nada. La forma hipotética y la disyuntiva de los juicios responde especialmente al mundo burgués: en determinadas circunstancias puede aparecer este efecto, es así o bien de otra manera. La teoría crítica afirma: no debe ser así, los hombres pueden cambiar el ser, las circunstancias para ello están ahora presentes.

es un momento en la constitución de aquel vasto juicio de existencia. Las partes aisladas pueden ser transformadas en juicios universales o particulares hipotéticos y utilizadas en el sentido del concepto tradicional de teoría, como, por ejemplo, el principio de que a una productividad creciente corresponde regularmente una desvalorización del capital. De este modo surgen en algunas partes de la teoría proposiciones cuya relación con la realidad resulta difícil. Del hecho de que la exposición de un objeto unitario sea verdadera en su totalidad, solo en determinadas condiciones se puede deducir si partes aisladas, extraídas de esa exposición, corresponden, en su aislamiento, a partes aisladas del objeto. La problemática que surge tan pronto como proposiciones parciales de la teoría crítica se pueden aplicar a procesos, únicos o repetibles, de la sociedad actual, tiene que ver con la capacidad de rendimiento de dicha teoría en el campo del pensamiento tradicional, y en cuanto se oriente hacia metas progresistas, no con su verdad misma. La incapacidad de las ciencias especializadas, en particular de la economía política contemporánea, para sacar provecho del planteamiento parcial de problemas, característica de su modo de operar, no reside solo en ellas mismas ni en la teoría crítica, sino en el papel específico que ellas tienen en la realidad.

También la teoría crítica y opositora, según lo hemos expuesto, deduce sus enunciados acerca de las situaciones reales de conceptos universales básicos, y precisamente por ello hace que esas situaciones aparezcan como necesarias. Si con respecto a la necesidad en sentido lógico ambos tipos de estructura teórica son semejantes, existe, no obstante, oposición apenas se habla, ya no simplemente de necesidad lógica, sino de necesidad concreta, de lo que es propio del acontecer fáctico. El enunciado del biólogo, a saber, que en virtud de procesos immanentes una planta tiene que secarse, o aun que ciertos procesos inherentes al organismo humano lo conducen necesariamente a su muerte, no responde a la pregunta de si una influencia cualquiera puede alterar este proceso en su carácter o transformarlo totalmente. Aun si una enfermedad es caracterizada como curable, la circunstancia de si las medidas correspondientes son efectivamente tomadas es vista como un orden de hechos externo a la cuestión, perteneciente a la técnica y por lo tanto inesencial para la teoría como tal. En este sentido, la necesidad que rige a la sociedad podría ser considerada biológica, y el carácter de la teoría crítica podría ser puesto entonces en duda, porque en la biología, como en otras ciencias naturales, procesos aislados son teóricamente contruidos de

manera semejante a como esto ocurre, de acuerdo con lo expuesto antes, en la teoría crítica de la sociedad. Con ello, el desarrollo de la sociedad pasaría por ser un determinado orden de hechos para cuya exposición se recurriría a resultados de diferentes dominios, del mismo modo como un médico, respecto de la evolución de una enfermedad, o un geólogo, respecto de la prehistoria de la tierra, han tenido que aplicar diferentes ramas del saber. La sociedad aparece aquí como un individuo que es juzgado sobre la base de teorías científicas especializadas. Por muchas que sean las analogías entre estos esfuerzos intelectuales, en cuanto a la relación de sujeto y objeto, y, por ende, a la necesidad del acontecer sobre el cual se juzga, existe una diferencia decisiva. El asunto con el que tiene que ver la ciencia especializada de ningún modo es afectado por su propia teoría. Sujeto y objeto están estrictamente separados, aun cuando debería ser evidente que, en un momento posterior, el acontecer objetivo será influido por la intervención del hombre: esta debe ser vista en la ciencia igualmente como un *factum*. El acontecer objetivo es trascendente con relación a la teoría, y la independencia respecto de ella forma parte de su necesidad: el observador como tal nada puede cambiar en él. Pero el comportamiento conscientemente crítico es inherente al desarrollo de la sociedad. La construcción del acontecer histórico como el producto necesario de un mecanismo económico contiene, al mismo tiempo, la protesta contra ese orden, originada justamente en ese mecanismo, y la idea de la autodeterminación del género humano, es decir, la idea de un estado tal que, en él, las acciones de los hombres ya no emanen de un mecanismo, sino de sus mismas decisiones. El juicio acerca de la necesidad del acontecer, tal como este último se ha dado hasta ahora, implica aquí la lucha por transformar una necesidad ciega en otra plena de sentido. Pensar el objeto de la teoría como separado de ella falsea la imagen y conduce a un quietismo o conformismo. Cada parte de la teoría supone la crítica y la lucha contra lo establecido, dentro de la línea trazada por ella misma.

No sin razón, aunque tampoco con todo derecho, los teóricos del conocimiento que parten de la física han condenado la confusión de las causas con el obrar de fuerzas y, finalmente, cambiado el concepto de causa por el de condición o función. Al pensar que se limita al mero registro siempre se le ofrecen, en efecto, solamente series de fenómenos, nunca fuerzas y contrafuerzas, lo cual no reside, por cierto, en la naturaleza misma, sino en la esencia de ese pensar. Cuando este procedi-

miento se aplica a la sociedad, entonces resultan la estadística y la sociología descriptiva, que pueden ser importantes para cualquier fin, incluso para la teoría crítica. Para la ciencia tradicional, necesario puede ser todo o bien nada; ello depende, en cada caso, de si por necesidad se quiere entender la independencia respecto del observador o la posibilidad de pronósticos absolutamente ciertos. Pero en la medida en que el sujeto, en tanto pensante, no se aísla radicalmente de las luchas sociales en las que participa; en la medida en que no considera el conocer y el actuar como conceptos separados, la necesidad tiene otro sentido. Mientras ella, no siendo dominada por el hombre, se enfrenta a él, equivale por una parte al reino natural, que, a pesar de los extensos dominios que aún pueden ser conquistados, nunca desaparecerá del todo, y por otra parte a la impotencia que ha caracterizado a la sociedad hasta este momento: la impotencia para encauzar la lucha con esa naturaleza en una organización consciente y adecuada. Aquí aludimos a aquellas fuerzas y contrafuerzas. Ambos momentos de este concepto de necesidad, que se relacionan mutuamente: poder de la naturaleza e impotencia de los hombres, reposan sobre el mismo esfuerzo vivido por estos para liberarse de la presión de la naturaleza y de las formas de la vida social que han llegado a encadenarlos, las formas del orden jurídico, político y cultural. Esos momentos responden al anhelo real de un estado en el que lo que los hombres quieren es también lo necesario, en el que la necesidad de la cosa misma se transforma en la de un acontecer racionalmente dominado. La aplicabilidad y hasta la intelección de estos y de otros conceptos del modo de pensar crítico están unidas a la actividad propia y al esfuerzo, a una voluntad en el sujeto cognoscente. El intento de compensar una insuficiente comprensión de tales ideas, y del modo en que ellas se encadenan, aumentando simplemente su coherencia lógica o produciendo definiciones más exactas en apariencia o aun un «lenguaje unificado», debe fracasar. No se trata solamente de un malentendido, sino de la oposición real de modos de comportamiento diferentes. El concepto de necesidad es él mismo, en la teoría crítica, un concepto crítico; supone el de libertad, si bien no como una libertad existente. La idea de una libertad que siempre existe, aun cuando los hombres estén cargados de cadenas, es decir, una libertad puramente interior, es propia del modo de pensar idealista. La tendencia de esta idea, no del todo falsa, pero sí equívoca, se manifestó con notable claridad en el Fichte de la primera época: «Ahora estoy totalmente convencido de que la voluntad humana es libre, y

de que la meta de nuestra existencia no es la felicidad sino el ser digno de ella».²¹ Aquí se evidencia la ominosa identidad de escuelas radicalmente opuestas en el plano metafísico. Afir-
mar la necesidad absoluta del acontecer significa, en última instancia, lo mismo que afirmar la libertad real en el presente: la resignación en la praxis.

La incapacidad para pensar la unidad de teoría y praxis, y la limitación del concepto de necesidad a un acontecer fatalista, se basan, desde el punto de vista de la teoría del conocimiento, en la hipóstasis del dualismo cartesiano de pensar y ser. Tal dualismo es adecuado tanto a la naturaleza como a la sociedad burguesa, en la medida en que esta se parece a un mecanismo natural. La teoría, en cuanto se trueca en fuerza real, la autoconciencia de los sujetos de una gran revolución histórica, va más allá de aquella mentalidad de la cual es característico ese dualismo. Los científicos, en la medida en que no solo lo piensan sino son consecuentes con él, no pueden actuar con autonomía. Entonces, de acuerdo con su propio pensamiento, ellos en el plano práctico ejecutan sólo aquello a lo cual los determina la cerrada trabazón causal de la realidad, o entran en consideración como unidades individuales de magnitudes estadísticas, en las cuales, precisamente, la unidad individual carece de importancia. Como seres racionales son impotentes y aislados. El conocimiento de este hecho constituyó un paso hacia su superación, pero en la conciencia burguesa solo se expresa en forma metafísica, ahistórica. Como creencia en el carácter inmutable de la forma de la sociedad, ese hecho domina el presente. Los hombres, en su reflexión, se ven a sí mismos como simples espectadores, participantes pasivos de un acontecer violento que quizá se puede prever, pero al que, en todo caso, es imposible dominar. Conocen la necesidad, pero no en el sentido de acontecimientos que ellos pueden determinar, sino solo en el de la posibilidad de prevenirlos con verosimilitud. Y cuando se admite la trabazón de voluntad y pensamiento, de contemplación y acción, tal como ocurre en muchas partes de la novísima sociología, ello es sólo bajo el aspecto de una complejidad del objeto, a la que es preciso tener en cuenta. Todas las teorías que surgen deben ser adjudicadas a las tomas de posición prácticas, a las clases sociales que tienen relación con ellas. El sujeto, así, se desentiende; no tiene otro interés que el de la ciencia.

21 J. G. Fichte, *Briefwechsel* (Correspondencia), H. Schulz, ed., Leipzig, 1925, vol. I, pág. 127.

La hostilidad contra lo teórico en general, reinante hoy en la vida pública, apunta en verdad a la actividad transformadora ligada con el pensar crítico. Este despierta resistencias en el mismo momento en que ya no se limita a comprobar y a ordenar según categorías, en lo posible neutrales, es decir indispensables para la praxis de vida dentro de las formas dadas. En una considerable mayoría de los sometidos se abre camino el temor inconsciente de que el pensamiento teórico pueda hacer aparecer como equivocada y superflua esa adaptación a la realidad, conseguida con tanto esfuerzo; y, por otro lado, entre los beneficiarios de la situación cunde la sospecha contra cualquier autonomía intelectual. La tendencia a concebir la teoría como opuesta a la positividad es tan fuerte, que hasta la inofensiva teoría tradicional resulta víctima a veces de ella. Puesto que la figura de pensamiento más avanzada es, en el presente, la teoría crítica de la sociedad, y puesto que cualquier esfuerzo intelectual consecuente que cuide de los hombres desemboca por sí mismo en ella, la teoría en general es sospechada. También a cualquier enunciado científico que no especifique hechos incluyéndolos en las categorías más usuales, y en la más neutral de las formas posibles, la matemática, por ejemplo, se le reprocha en seguida el ser demasiado teórico. Esta actitud positivista no es necesariamente enemiga del progreso. Si bien en medio de los redoblados antagonismos de clase producidos en las últimas décadas, el poder se ve obligado a recurrir cada vez más al aparato real de dominación, la ideología constituye un factor aglutinante no despreciable para un edificio social que ha empezado a agrietarse. En la consigna de atenerse a los hechos y abandonar toda ilusión se esconde, aún hoy, una suerte de reacción contra el pacto entre opresión y metafísica. No obstante, sería un error ignorar la diferencia esencial que media entre la Ilustración empirista del siglo XVIII y la actual. En aquella época se había desarrollado ya, en el marco de la vieja sociedad, una nueva. Tratábase de liberar a la economía burguesa ya existente de las trabas feudales; simplemente, de «dejarla hacer». Del mismo modo el pensamiento científico especializado correspondiente a ella sólo necesitaba, en lo esencial, desprenderse de los viejos lazos dogmáticos a fin de seguir el camino ya reconocido. En cambio, para pasar de la forma de sociedad actual a una futura la humanidad debe constituirse, primero, como sujeto consciente, y determinar de manera activa sus propias formas de vida. Si bien los elementos de la cultura futura están ya presentes, se requiere una reconstrucción consciente de las relaciones económicas. La hostilidad indis-

criminada contra la teoría significa hoy, por lo tanto, un obstáculo. Si el esfuerzo teórico que, en interés de una sociedad futura racionalmente organizada, ilumina de manera crítica la sociedad presente, y realiza sus construcciones con la ayuda de las teorías tradicionales formadas en las disciplinas científicas, no es continuado, no queda lugar para la esperanza de mejorar fundamentalmente la existencia humana. La exigencia de positividad y subordinación, que aun en los grupos avanzados de la sociedad amenaza con privar de sentido a la teoría, no afecta necesariamente solo a esta: afecta también a la praxis liberadora.

Las partes aisladas de aquella teoría que se propone deducir las complejas relaciones del capitalismo liberal, y aun del capitalismo de los monopolios, a partir del esquema de la economía mercantil simple, no se comportan de manera tan indiferente respecto del tiempo como las etapas de un razonamiento deductivo. Así como la función digestiva —también importante en el hombre—, dentro de la escala de los organismos, como forma genérica, se presenta en estado prácticamente elemental en los «animales celenterados», del mismo modo hay formas de la sociedad que al menos se aproximan a la economía mercantil simple. La evolución del pensamiento, aunque no es paralela al desarrollo histórico, mantiene, sí, una relación comprobable con este. La esencial conexión de la teoría con el tiempo no reside, sin embargo, en la correspondencia de partes aisladas de la construcción con tramos de la historia —principio en el que coinciden la *Fenomenología del espíritu* y la *Lógica* de Hegel, así como *El capital* de Marx, como exponentes del mismo método—, sino en la constante transformación del juicio de existencia teórico acerca de la sociedad, juicio que está condicionado por su relación consciente con la praxis histórica. Esto nada tiene que ver con aquel otro principio, que exige «cuestionar radicalmente» y en forma constante cualquier contenido teórico determinado a fin de volver a empezar siempre desde el comienzo, principio mediante el cual la metafísica moderna y la filosofía de la religión han combatido toda construcción teórica consecuente. La teoría crítica no tiene hoy este contenido y mañana este otro. Sus transformaciones no condicionan ningún vuelco hacia posiciones totalmente nuevas, mientras la época no cambie. La fijeza de la teoría consiste en que, a pesar de sus cambios, la sociedad, en cuanto a su estructura económica básica, a las relaciones de clase en su forma más simple y, con ello, también a la idea de su supresión, permanece idéntica. Los rasgos decisivos de su contenido,

condicionados por este hecho, no pueden cambiar antes de que se produzca la transformación histórica. Pero, por otra parte, la historia entretanto no permanece quieta. El desarrollo histórico de los opuestos, en el que el pensar crítico está envuelto, modifica la importancia de los momentos aislados de este, conduce obligadamente a diferenciaciones y altera la significación que los conocimientos científicos especializados tienen para la teoría y la praxis críticas.

Debemos precisar mejor el significado del concepto de «clase social que dispone de los medios de producción». En el período liberal, el dominio económico estaba estrechamente unido a la propiedad jurídica de los medios de producción. La clase de los propietarios regía la sociedad, y la cultura de ese tiempo, en su conjunto, estuvo signada por esa relación. La industria se dividía aún en un gran número de empresas que, desde el punto de vista actual, eran más pequeñas y más independientes. La dirección, acorde con esta etapa del desarrollo técnico, estaba en manos de uno o más propietarios o de personas directamente comisionadas por ellos. Con el rápido avance de la concentración y centralización del capital, acaecido en el último siglo por virtud del desarrollo de la técnica, se consumó en gran medida un divorcio entre los propietarios nominales y la dirección de las gigantescas empresas que se van formando y que absorben sus fábricas. De este modo, la dirección se independiza respecto de los propietarios de derecho. Surgen los magnates de la industria, los caudillos de la economía. En muchísimos casos, estos conservan, al principio, la parte mayor de la propiedad de sus empresas. Hoy esta situación ya ha dejado de ser esencial, y aparecen poderosos empresarios que dominan sectores enteros de la industria y poseen, jurídicamente, una parte cada vez menor de las organizaciones que dirigen. Este proceso económico trae consigo un cambio de función del aparato jurídico y político, así como de las ideologías. Sin que se modifique, entre otras cosas, la definición jurídica de propiedad, los propietarios se vuelven cada vez más impotentes frente a los directores y sus equipos. En un juicio que los propietarios eventualmente entablaren, digamos por una divergencia de opiniones, la directa disponibilidad de los recursos de las grandes empresas confiere a los directores un predominio tal, que, en principio, la victoria de sus enemigos es impensable. La influencia de la dirección, que al comienzo sólo puede extenderse a las instancias inferiores, jurídicas o administrativas, abarca luego instancias superiores y alcanza, por último, al Estado y a su organización del poder. Debido a su divorcio res-

pecto de la producción real y a su decreciente influencia, el horizonte de los meros poseedores de títulos de propiedad se estrecha; sus condiciones de vida y su actitud se vuelven cada vez más inapropiadas para posiciones socialmente decisivas, y, por último, la participación en la propiedad, que todavía mantienen sin poder hacer nada efectivo para que aumente, aparece como socialmente inútil y moralmente dudosa. Surgen así ideologías relacionadas estrechamente con estas y otras transformaciones; por ejemplo, la que exalta la gran personalidad, o bien la diferencia entre capitalistas productivos y parasitarios. La idea de un derecho provisto de un contenido fijo, independiente respecto de toda la comunidad, pierde importancia. Desde el mismo sector que mantiene brutalmente la disponibilidad del poder sobre los medios de producción, esa instancia esencial del orden social, brotan las doctrinas políticas acerca de que la propiedad y las rentas parasitarias deberían desaparecer. Al estrecharse el círculo de los poderosos, crece la posibilidad de formación consciente de ideologías, y de que se establezca una doble verdad: el saber de quienes están dentro de ese círculo y la versión para el pueblo; al mismo tiempo, se extiende una actitud cínica hacia la verdad y el pensamiento en general. Al final de este proceso se encuentra una sociedad dominada ya no por propietarios independientes, sino por camarillas de dirigentes de la industria y la política.

Estas transformaciones no dejan de afectar la estructura de la teoría crítica. Ella no cede a la ilusión cuidadosamente cultivada por las ciencias sociales, de que la propiedad y la ganancia ya no tienen el papel decisivo. Por un lado, ella ha considerado desde antes que las relaciones jurídicas no son lo esencial sino la superficie de la circunstancia social, y advierte que la disposición sobre hombres y cosas sigue estando en manos de un determinado grupo social, que compite, no tanto dentro de cada país, sino en el nivel mundial y en forma mucho más encarnizada, con otros grupos económicos de poder. La ganancia surge de las mismas fuentes sociales, y, en definitiva, para acrecentarla es preciso recurrir a idénticos métodos. Por otro lado, según lo entiende la teoría crítica, junto con la supresión de todo derecho determinado en su contenido, supresión condicionada por la concentración del poder económico y que se cumple en los Estados autoritarios, desaparece, al mismo tiempo que una ideología, un factor cultural cuya significación en modo alguno fue solo negativa, sino que también tuvo un aspecto positivo. En la medida en que ella tiene en cuenta estas transformaciones de la estructura interna de la clase empresa-

ria, también otros de sus conceptos sufren una especificación. La dependencia de la cultura respecto de las relaciones sociales debe cambiar, junto con estas, hasta en sus detalles, si es que la sociedad es un todo. También en el período liberal, ciertas concepciones políticas y morales de los individuos pueden ser derivadas de su situación en la economía. El respeto por la integridad de carácter, por el mantenimiento de la palabra empeñada, por la independencia del juicio y por otras cualidades es resultado de una sociedad compuesta de sujetos económicos relativamente independientes, que entran en relación mutua por medio de contratos. Pero esa independencia estuvo en buena parte mediada por vía psicológica y la moral misma adquirió, como consecuencia de su función en el individuo, una suerte de fijeza. (La verdad de que también esa moral estaba determinada por la economía se hizo evidente, sin duda, cuando, sintiendo amenazadas sus posiciones económicas, hacia comienzos del siglo, la burguesía liberal echó por la borda las ideas de libertad.) En las circunstancias del capitalismo monopolista, desapareció hasta esa relativa independencia del individuo. Este ya no tiene un solo pensamiento propio. El contenido de las creencias de masas, en las que nadie cree mucho, es un producto directo de la burocracia reinante en la economía y en el Estado, y los partidarios de tales creencias persiguen, sin confesárselo, solo sus intereses atomizados y, por lo tanto, no verdaderos; actúan como simples funciones del mecanismo económico. De ahí que el concepto de independencia de lo cultural respecto de lo económico haya variado. Con la destrucción del individuo típico, ese concepto debe ser entendido, por así decir, de modo materialista vulgar en mayor medida que antes. Las explicaciones de los fenómenos sociales se vuelven más simples y, al mismo tiempo, más complejas. Más simples, porque lo económico determina más directa y conscientemente a los hombres, y porque la fuerza de resistencia y la sustancialidad de las esferas culturales son aprehendidas en su desaparición; más complicadas, porque la desenfrenada dinámica económica, que ha rebajado a la mayoría de los hombres a la condición de simples medios, produce constantemente y a un ritmo vertiginoso nuevas figuras y nuevos destinos. Aun los sectores más avanzados de la sociedad, en su desánimo, caen presa del desconcierto general. También la verdad, con toda su consistencia, está unida a constelaciones de la realidad. En la Francia del siglo XVIII, tenía tras sí una burguesía ya desarrollada económicamente. En las circunstancias del capitalismo tardío y de la impotencia de los trabajadores frente al aparato represivo de

los Estados autoritarios, la verdad ha huido hacia pequeños grupos dignos de admiración, que, diezmados por el terror, tienen poco tiempo para profundizar en la teoría. Con ello se benefician los charlatanes, y el estado intelectual general de las grandes masas involuciona rápidamente.

Lo dicho pretende evidenciar el hecho de que la subversión continua de las relaciones sociales, que resulta directamente de desarrollos económicos y alcanza su expresión más cercana en el surgimiento de la clase dominante, no afecta solo a ramas aisladas de la cultura, sino también al sentido de la dependencia de esta respecto de la economía y, así, a los conceptos decisivos de toda la concepción. Esta influencia del desarrollo social sobre la estructura de la teoría responde a su propia índole doctrinaria. Por eso los nuevos contenidos no se agregan mecánicamente a partes ya dadas. Puesto que la teoría constituye un todo unitario, que solo alcanza su peculiar significado en relación con la situación actual, ella se encuentra en una evolución que no invalida sus fundamentos, así como tampoco el objeto reflejado por ella, la sociedad actual, se transforma en algo distinto en virtud de sus recientes transformaciones. Aun los conceptos aparentemente más alejados se hallan incluidos en el proceso. Las dificultades lógicas que el entendimiento descubre en cada pensamiento que refleja un todo viviente, derivan principalmente de esa propiedad. Si se separan de la teoría conceptos y juicios aislados, y se los compara con conceptos y juicios extraídos de una concepción anterior, surgen entonces contradicciones. Esto vale tanto para las etapas del desarrollo histórico de la teoría —considerada como un todo—, en su relación mutua, cuanto para los pasos lógicos que se dan dentro de ella. En los conceptos de empresa y de empresario hay, a pesar de su identidad, una diferencia, según se los extraiga de la representación de la primera forma de economía burguesa o del principio del capitalismo desarrollado, y según provengan de la crítica de la economía política del siglo XIX, la economía de los empresarios liberales, o de la del siglo XX, que tiene ante sí a los empresarios monopolistas. La idea de empresario pasa, como los empresarios mismos, por todo un desarrollo. Las contradicciones de las partes de la teoría tomadas por separado no se originan, pues, en errores o en definiciones defectuosas, sino en el hecho de que la teoría tiene un objeto que se transforma históricamente y que, sin embargo, permanece uno frente a todo desmembramiento. La teoría no acumula hipótesis acerca de la marcha de acontecimientos sociales aislados, sino que construye la imagen en desarrollo de la tota-

lidad, el juicio de existencia implícito en la historia. Lo que ha sido el empresario o, digamos, el hombre burgués en general, por ejemplo el hecho de que en su carácter estén contenidos, junto al rasgo racionalista, también esas características irracionales que predominan hoy en los movimientos de masas de las clases medias, se remonta a la situación originaria de la burguesía y se cuenta entre los conceptos básicos de la teoría. Pero tal origen sólo se revela, en esa forma diferenciada, en las luchas del presente; y esto no se debe solamente a los cambios experimentados hoy por la burguesía, sino a que, en relación con esto, los intereses y la atención del sujeto teórico destacan otros aspectos. La clasificación y confrontación de las diversas formas de dependencia, de mercancía, de clase o de empresarios, tal como ellas aparecen en las fases lógicas e históricas de la teoría, pueden responder a un interés de tipo sistemático, y quizá no carezcan de utilidad. Pero puesto que el sentido, en primer lugar, solo se vuelve claro en relación con toda la construcción conceptual, que siempre tiene que adaptarse a situaciones nuevas, tales sistemas de clases y subclases, definiciones y especificaciones de conceptos tomados de la teoría crítica, por lo general ni siquiera poseen el valor de los inventarios de conceptos de otras ciencias especializadas, que, por lo menos, son usados en la praxis relativamente uniforme de la vida diaria. Transformar la teoría crítica en sociología es, en suma, una empresa problemática.

La pregunta, aquí apenas esbozada, por la relación entre pensamiento y tiempo se encuentra, por cierto, unida a una dificultad especial. En efecto, es imposible hablar en sentido propio de mudanzas de una teoría correcta. Antes bien, expresar tales mudanzas ya supone una teoría ligada con el problema mismo. Nadie puede convertirse en un sujeto que no sea el del momento histórico. En términos estrictos, solo polémicamente tiene sentido hablar de constancia o de variabilidad de la verdad. Ello se opone a la aceptación de un sujeto absoluto, suprahistórico, o bien a la tesis de la intercambiabilidad de los sujetos, como si en verdad fuese posible trasladarse a capricho desde el momento histórico actual hasta cualquier otro. No hemos de tratar aquí en qué medida ello se pueda lograr o no. En todo caso, es incompatible con la teoría crítica la creencia idealista de que ella representaría algo que trasciende a los hombres y que posee algo así como un crecimiento. Los documentos tienen una historia, pero la teoría no sufre vicisitudes. El enunciado de que se han agregado a ella determinados momentos, de que en el futuro tendrá que adecuarse a nuevas situaciones, sin que

se transforme su contenido esencial, todo esto pertenece a la teoría misma, tal como ella existe hoy y trata de determinar la praxis. Los hombres que la piensan la conciben como un todo y actúan de acuerdo con ese todo. El constante crecimiento de una verdad independiente respecto de los sujetos, la confianza en el progreso de las ciencias, solo pueden relacionarse, en su limitada validez, con aquella función del saber que seguirá siendo necesaria en una sociedad futura, el dominio de la naturaleza. También este saber pertenece, claro está, a la totalidad social presente. La premisa de los enunciados sobre la duración y transformación de ese saber, es decir el desarrollo de la producción y reproducción económica en las formas conocidas, equivale de hecho aquí, en cierto sentido, a la intercambiabilidad de los sujetos. La circunstancia de que la sociedad esté dividida en clases no impide la identificación de los sujetos humanos. El saber es aquí, en sí mismo, algo que una generación traspasa a las otras; y estas, en la medida en que deben vivir, necesitan de él. También en este aspecto puede estar tranquilo el científico tradicional.

La construcción de la sociedad según la imagen de una transformación radical que aún no ha pasado la prueba de su posibilidad real carece, por el contrario, de la ventaja de ser común a muchos sujetos. El anhelo de un estado de cosas sin explotación ni opresión, en el cual exista un sujeto abarcador, la humanidad autoconsciente, y se pueda hablar de una formación unitaria de teorías, de un pensar que trascienda a los sujetos, ese anhelo no es todavía su realización. Transmitir la teoría crítica de la manera más estricta posible es, por cierto, condición de su éxito histórico; pero ello no se cumple sobre la base firme de una praxis ya probada y de un modo de comportamiento establecido, sino por medio del interés en la transformación, interés que, en medio de la injusticia reinante, se reproduce necesariamente, pero que debe ser formado y orientado por la teoría, y que, al mismo tiempo, repercute de nuevo en ella. El círculo de los portadores de esta tradición no se delimita y renueva mediante una legalidad orgánica o sociológica. No se constituye y sostiene por herencia biológica ni testamentaria, sino por medio del conocimiento vinculante, y este sólo garantiza su comunidad presente, no su comunidad futura. Provista de todos los criterios lógicos, ella carece, no obstante, hasta el fin del período, de la confirmación que proporciona la victoria. Hasta entonces dura también la lucha por su comprensión y aplicación correctas. La versión que cuenta con el aparato de la propaganda y con la mayoría, no es tampoco, por

ello, la mejor. Antes del vuelco general de la historia, la verdad puede refugiarse en unidades numéricamente reducidas. La historia muestra que aquellos grupos proscriptos, pero imperturbables, apenas considerados aun por los sectores oposicionistas de la sociedad, en el momento decisivo pueden, en virtud de su visión más profunda llegar a ponerse a la cabeza. En nuestros días, puesto que el poder del sistema establecido marcha hacia el abandono de toda cultura y hacia la más oscura barbarie, el círculo de la verdadera solidaridad se halla, por lo demás, harto restringido. Por cierto que los enemigos, los señores de este período de decadencia, carecen de lealtad y solidaridad. Tales conceptos constituyen momentos de la teoría y la praxis correctas. Separados de esta, transforman su significado como todas las partes de una conexión viviente. Sin duda, en una banda de maleantes se pueden desarrollar los rasgos positivos de una comunidad humana, pero esta posibilidad es siempre testimonio de una carencia en la sociedad mayor, dentro de la cual existe esa banda. En una sociedad injusta, los criminales no tienen que ser necesariamente inferiores también como seres humanos; en una sociedad enteramente justa sí serían al mismo tiempo inhumanos. Los juicios aislados sobre lo humano solo adquieren verdadero sentido en su relación con el todo. No existen criterios generales para la teoría crítica como totalidad, pues ellos se basan siempre en la repetición de acontecimientos y, por lo tanto, en una totalidad que se reproduce a sí misma. Por ello tampoco existe una clase social a cuyo consenso nos podamos atener. En las circunstancias actuales, la conciencia de cualquier clase social puede volverse ideológicamente limitada y corrupta, aun cuando por su situación ella esté orientada hacia la verdad. La teoría crítica, pese a toda su profunda comprensión de los pasos aislados y a la coincidencia de sus elementos con las teorías tradicionales más progresistas, no posee otra instancia específica que el interés, ínsito en ella, por la supresión de la injusticia social. Esta formulación negativa constituye, llevada a expresión abstracta, el contenido materialista del concepto idealista de razón. En un período histórico como el actual la verdadera teoría no es tanto afirmativa cuanto crítica, del mismo modo como tampoco la acción adecuada a ella puede ser «productiva». El futuro de la humanidad depende hoy del comportamiento crítico, que, claro está, encierra en sí elementos de las teorías tradicionales y de esta cultura decadente. Una ciencia que, en una independencia imaginaria, ve la formación de la praxis, a la cual sirve y es inherente, como algo que está más allá de ella, y que se satis-

face con la separación del pensar y el actuar, ya ha renunciado a la humanidad. Determinar lo que ella misma puede rendir, para qué puede servir, y esto no en sus partes aisladas sino en su totalidad, he ahí la característica principal de la actividad del pensar. Su propia condición la remite, por lo tanto, a la transformación histórica, a la realización de un estado de justicia entre los hombres. Bajo la vocinglería del «espíritu social» y de la «comunidad nacional» se acrecienta cada día la oposición entre individuo y sociedad. La autodeterminación de la ciencia se vuelve cada vez más abstracta. El conformismo del pensamiento, el aferrarse al principio de que este es una actividad fija, un reino cerrado en sí mismo dentro de la totalidad social, renuncia a la esencia misma del pensar.